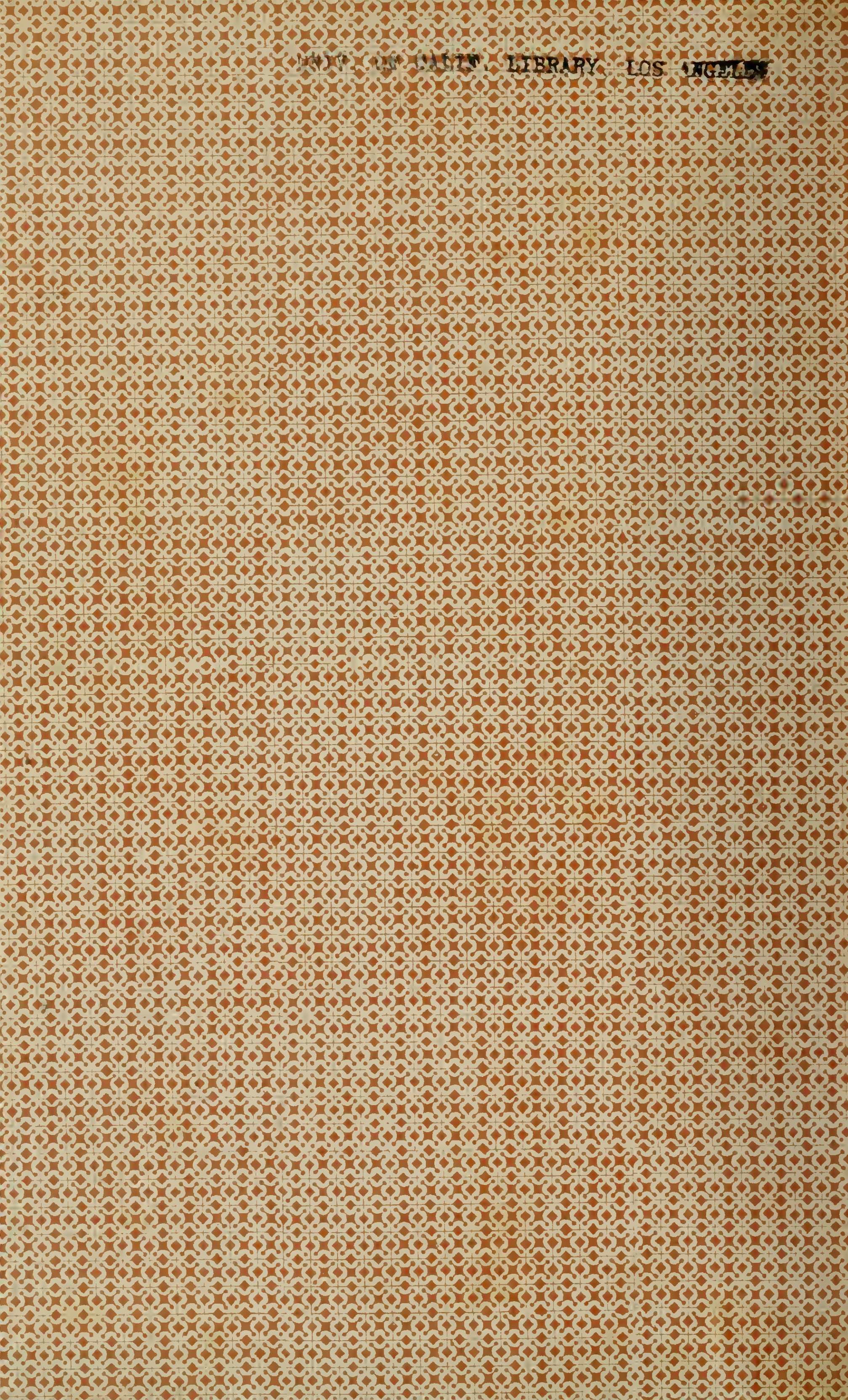
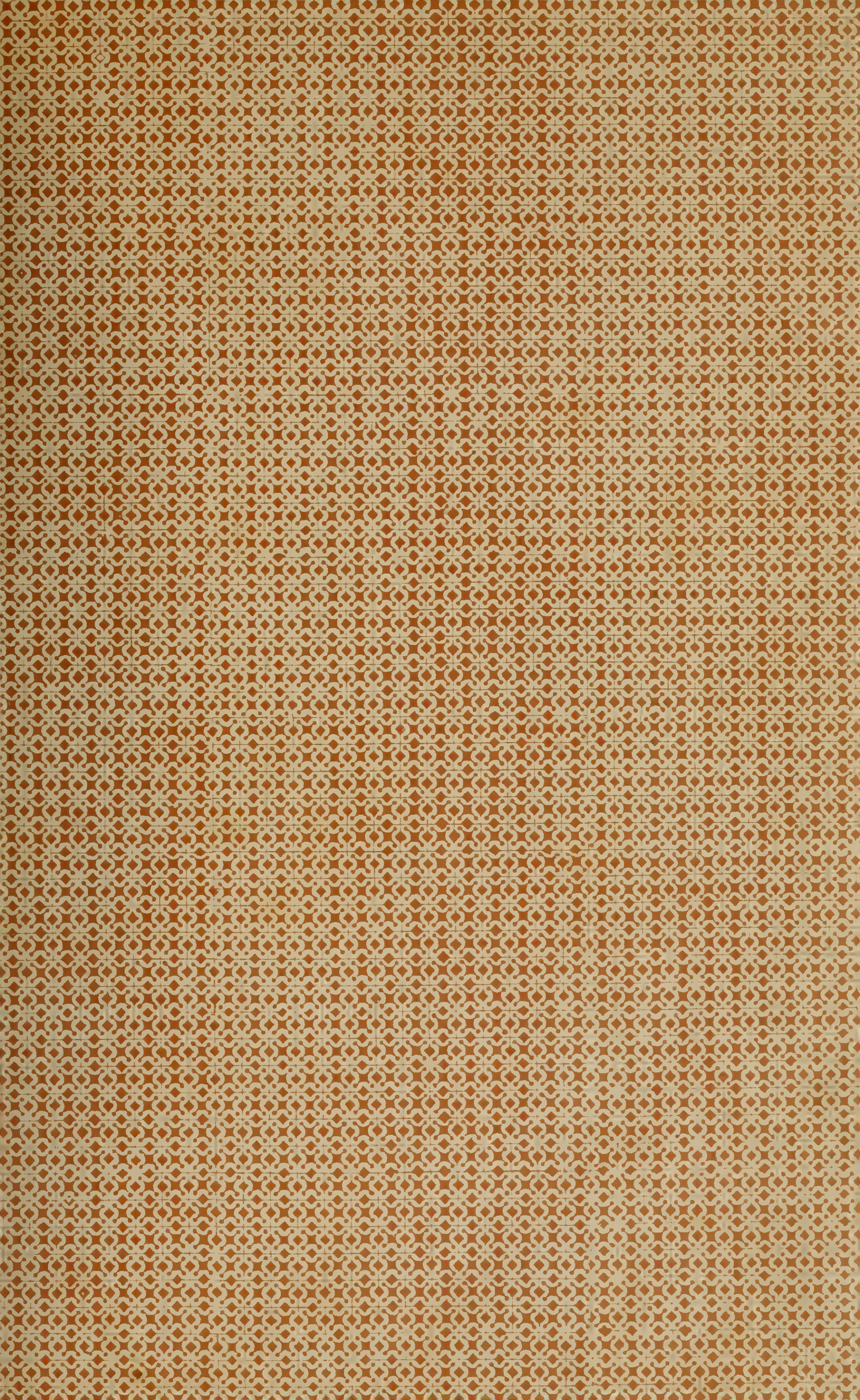






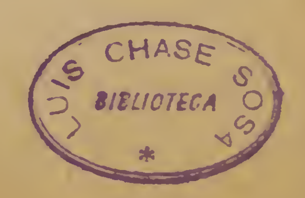
Silvano Mosqueira

Páginas Sueltas

ASUNCION

TALLERES NACIONALES DE H. KRAUS

1907





DEDICATORIA

Al valeroso comandante del "Sajonia",
Manuel J. Duarte

Consigno tu nomdre en esta página de honor, como un tributo de amistad y compañerismo.

El destino ha querido que tú fueses un factor eficiente en la revolución de 1904, contribuyendo así, en parte principalísima, al triunfo de los ideales del Gran Partido Liberal que constituyen tu dogma de ciudadano.

Aquellos ideales has vertido en mi alma, en largas horas de recíprocas confidencias y comunión espiritual, durante los años de permanencia en la capital argentina y en las veladas íntimas del *Jejuitano*, donde nos vinculara una amistad de hermanos;—de suerte que no me son desconocidas tus aspiraciones más caras.

A los laureles recogidos en la campaña revolucionaria hay que agregar en tu honor la importante misión de confianza en cuyo desempeño te hallas ausente actualmente del país, ó sea: la adquisición de los elementos militares destinados á asegurar la paz interior y la defensa externa de la República. A tí te ha tocado el honor de hacer tremolar la bandera nacional en los polígonos de las grandes fábricas europeas, así como de mandar inscribir, oficialmente, el nombre del país, por primera vez, en sus libros de adquisiciones directas de las naciones americanas. Estos títulos hará brillar la historia con su luz, por más que hoy por hoy las pasiones contemporáneas sólo se empeñen en obscurecerlos!

La transcendencia de la hegemonía liberal en el gobierno sólo puede apreciarse pensando que ella era considerada, antes de la revolución, como un imposible matemático, como mero delirio de la fantasía. ¡Cuántos esfuerzos generosos frustrados, en persecución de tan hermoso ideal! Hoy, sin embargo, es una realidad, y las páginas que te dedico, sin excepción, no tienen otro móvil que ensalzar ese acontecimiento que me ha colmado de gozo infinito. Preceden á esas líneas las palabras que

pronuncié en tu honor en San Lorenzo, en Junio de 1903, un año antes de la revolución, cuando viniste á dar tu palabra de caballero, de militar y de ciudadano de poner tu espada al servicio del movimiento insurreccional. En ese brindis pedía tu pronto regreso definitivo á la patria, junto con tus valientes camaradas. Un año después mis votos eran una realidad, y de qué manera! Causando un hondo extremecimiento al país con el estampido de los cañones del *Sajonia*, en cuyo mástil, sostenida por manos de valientes, flameaba invencible la bandera de la regeneración institucional del Paraguay!

La oposición, no obstante—esa oposición que no respeta ni las canas ni las tradiciones de un Taboada—sostiene que el triunfo de la revolución ha sido una mentira, que ha habido cambio de hombres pero no de prácticas institucionales, que hoy estamos lo mismo que ayer, bajo el imperio de una dictadura disfrazada. Según esa teoría, desde el 25 de Noviembre de 1906 vivimos en plena dictadura, privados de los beneficios de la libertad.

Sin embargo, si los hechos deben juzgarse por sus efectos, parece que por fin habremos descubierto un sistema dictatorial ideal, que envidiaría cual-

quiera nación. Al Paraguay le corresponde el honor del descubrimiento. La dictadura paraguaya, actualmente en boga, es tan blanda, tan mansa, tan suave, que si todas las dictaduras fuesen así, sería el caso de suprimir las Constituciones, por innecesarias, y exclamar: ¡Viva la dictadura!—Una dictadura que no mata una mosca, sostenida por los intelectuales de más fuste del país, y que deja á sus adversarios la absoluta libertad para todos los desplantes de una oposición porque sí, sin programa y sin bandera, sin cabezas visibles que la dirijan, bien merece el honor de ser elevada á la categoría de sistema institucional.

Los beneficios de la revolución no se han palpado todavía en toda su intensidad, porque se sabe que es más fácil demoler que edificar. Para la demolición basta la piqueta del bárbaro, como observa Alberdi, al paso que para construir se requiere la acción inteligente y perseverante del artista genial, animado por el soplo de la inspiración.

El gobierno de la República ha resultado un presente griego para los hombres de la revolución. Se han hecho cargo de un esqueleto, como un deber impuesto por el triunfo de las armas revolucionarias, y, no obstante,

hay el *toupé* de exigírseles que al día siguiente de la gran bancarrota, cuando se ha lanzado el grito de: *Sálvese quien pueda!*, como la liquidación final de los desaciertos de treinta años, todo lo vuelvan á pedir de boca! Se les desconocen todos sus méritos, aún los más resaltantes é indiscutibles, y se les hace responsables hasta de las consecuencias de la inundación, la seca y la invasión de langostas, como si gobierno alguno, en ninguna parte del mundo, tuviese el poder de evitar esos desastres de la naturaleza.

El ideal de la revolución está en pie. Sus hombres dirigentes unidos, fuertes y animados de un propósito común. El partido á cuyo empuje se obtuvo el triunfo, con su bandera desplegada, pronto á sostener su obra y su creación, si el caso lo reclama. Y si los hombres tradicionales del Partido Liberal, á quienes durante veinte años hemos considerado como los mejores del país, fracasan en el gobierno, no habrá otra solución que llamar de nuevo á los derrocados.

Las voces aisladas de una oposición sin cohesión se pierden en el vacío porque sobre el grito desesperado de la impotencia y del despecho se levanta la reflexión serena de las cabezas altas,

que sienten hondo y ven más allá de las miserias del momento.

La revolución tan afortunada en los campamentos, sigue su obra bienhechora en los consejos de gobierno, con sus mismos jefes de la hora de tormenta, rodeados de un brillante estado mayor de pensadores y patriotas.

Silvano Mosqueira

Asunción, Noviembre 25 de 1907.



De San Lorenzo - En honor del alférez de navío, señor Manuel J. Duarte.

Señor director:

En la noche del lunes 1.º del corriente, se dió en esta localidad una comida de veinte cubiertos en honor del alférez de navío don Manuel Duarte, justamente apreciado por todos sus convecinos.

Entre los presentes al acto recordamos á los siguientes: Manuel Duarte, Pablo Abreu, Abelardo Zelada, Alejandro Marín, Héctor D. Troche, Silvano Mosqueira, Carlos Benítez, Nicanor Patiño, Tristán Recalde, Juan Enciso, Clemente Noceda, Sebastián Patiño, Félix Babañoli, Sinesio Olmedo, Juan A. Olmedo, Eliseo Marín, Agustín Coronel, Balvino Vargas, José Ibarra y Ramón Ochoa.

Ofreció la comida el señor Tristán Recalde, pronunciando un bello discurso en que puso de relieve los méritos que adornan al alférez Duarte para ser

digno de una demostración como la celebrada en su honor.

Seguidamente el mismo señor Recalde dió lectura á una carta llena de elevados conceptos, dirigida por el señor Fermín González, adhiriéndose en un todo al honor que se tributaba á su antiguo camarada y amigo.

El señor Duarte contestó emocionado, diciendo que si algo hizo en el extranjero, que honraba á su país, no fué sino cumpliendo su deber de paraguayo.

A pedido de los concurrentes hizo también uso de la palabra el señor Silvano Mosqueira, actual jefe del archivo nacional, diciendo que aunque no era sanlorenzano, se complacía en formar parte de la manifestación de cariño celebrada en obsequio de un amigo querido, cuyas relevantes condiciones había tenido oportunidad de conocer y apreciar de cerca durante su permanencia en la metrópoli del Plata.

«Hace doce años, continuó, que en el periodo presidencial de don Juan G. González, partían para la capital argentina, enviados por el gobierno, á recibir instrucción militar, los siguientes compatriotas: Elías Ayala, Pastor Cabañas Saguier, Martín Ruperto Báez, Hipólito Núñez, Adolfo Irala y Manuel Duarte.

«Eran media docena de paraguayos que por vez primera, haciendo uso de la generosidad argentina, iban á alternar en las aulas, como becados, con los hijos del país que lleva el cetro de la civilización y la cultura en el extremo sud del continente americano.

«Unos ingresaron en la escuela de marina, otros en el colegio militar.

«De su consagración al estudio y al cumplimiento del deber, da fe el hecho elocuente de que al final de los estudios todos ellos ocupaban los primeros puestos entre sus camaradas. Duarte, Ayala y Núñez fueron los primeros sobresalientes en la marina, pasando igual cosa con los demás compañeros que estudiaban la milicia terrestre.

«*Adolfo Irala*—arrebatado tan prematuramente á la vida por una bala traidora, precisamente en los comienzos de su brillante carrera, gozaba de tan alto concepto y estimación entre sus compañeros de armas, que su trágica y desgraciada muerte fué hondamente sentida en el batallón de que formaba parte. Como instructor de la milicia ciudadana de Santa-Fé—en el periodo álgido de la cuestión con Chile—sus servicios fueron reconocidos públicamente por la juventud dorada de aquella culta y progresista provincia.

«*Pastor Cabañas Saguier*—dió el más alto ejemplo de lo que es capaz una voluntad vigorosa puesta al servicio de un propósito levantado. Con motivo de la fundación de la escuela superior de guerra—dirigida por maestros alemanes contratados en Europa—y deseando perfeccionar sus conocimientos, disciplinó nuevamente su espíritu en la áspera labor de un estudio metódico. Fué el tercer sobresaliente entre el núcleo de oficiales seleccionados que ingresaron, previo examen, en la escuela, concluyó con ventaja los cursos reglamentarios, y actualmente forma parte del cuerpo de redactores de la *Revista del Boletín Militar*, publicación oficial dependiente de una de las reparticiones técnicas del ministerio de la guerra. El teniente Saguier es uno de los mejores elementos de reorganización con que puede contar el ejército paraguayo del porvenir.

«*Martín Ruperto Báez*—hoy teniente 1.º—forma parte de la escolta presidencial, puesto de distinción á que ha llegado por su mérito y capacidad.

«*Elías Ayala*—es uno de los oficiales más sobresalientes de la armada argentina. Siempre ocupó los puestos de preferencia, hizo viaje de instrucción á Europa, formando parte de la tripulación encargada de la recepción del aco-

razado «Pueyrredón» y hoy se encuentra en el «Buenos Aires», buque insignia de la división de cruceros.

«*Hipólito Núñez*—ahora capitán, que se incorporó antes que ninguno de los nombrados á la vida nacional, sufriendo las alternativas de nuestras disensiones domésticas, probando sucesivamente la miel y la hiel que proporciona la patria, es también un oficial de artillería distinguido, cuyas resaltantes cualidades no han tenido aún el vuelo deseado, tal vez por falta de medio propicio á su desarrollo.

«Y con respecto al teniente Duarte, á quien en este momento se tributa esta demostración tan honrosa cuanto merecida, puede decirse que ha marchado siempre á la par de sus mejores camaradas, esforzándose por derramar un rayo de luz sobre el nombre paraguayo. Como estudiante ocupó siempre el primer puesto, y en el ejercicio de su profesión no reconoce rival.

«Duarte ha conquistado un nombre que es prenda de estimación en la armada del país vecino; hizo también su viaje á Europa, al Brasil y á Chile; desempeñó comisiones difíciles, algunas peligrosas; y es el hombre de confianza, amigo y confidente—hasta donde puede permitirlo la disciplina militar—del co-

modoro Atilio S. Barilari, de quien ahora es secretario en la dirección del Arsenal de Marina. El comodoro Barilari, considerado como uno de los marinos de más alto renombre en la armada de su patria, dispensa una confianza verdaderamente paternal al distinguido sanlorenzano Manuel Duarte.

«Es, pues, bien merecido el honor que se discierne al ilustrado marino que en breve se alejará de nuevo de las playas paraguayas. Con este paso ha demostrado el pueblo de San Lorenzo tener capacidad bastante para tejer una corona de laurel con que premiar el mérito y la virtud.

«Señores: — Haciendo mio el pensamiento de un compatriota eminente, opino que los paraguayos no deben vivir fuera de su país sino por la fuerza de las circunstancias: ó desterrados, persiguiendo fines comerciales ó por estudio. Realizados los propósitos primordiales de la emigración, deben volver á los lares nativos, á ocupar el puesto que les señale el deber en la obra interminable del perfeccionamiento nacional.

«En ese sentido, brindo por el pronto regreso del alférez Duarte y sus dignos camaradas, y por que su regreso sea definitivo; pues cuanto mayor sea el número de los buenos en el teatro don-

de se produce el choque de tantas pasiones, más fácil será obtener el triunfo de los ideales de regeneración que palpitan en el alma de cada paraguayo sincero, realmente patriota, y cuyo imperio es reclamado como una exigencia primordial de nuestra cultura».

Terminada la comida, amenizada con la banda de música, se pasó á la casa de la familia Troche, donde hubo una tertulia que duró hasta muy tarde.

Anotamos la presencia de las señoritas Elisa y Esther Troche, Petronila Usher, Angelita Benítez, Martina Méndez, Dolores Duarte, Candelaria López, Sandalia Méndez, Adela Aramburú y Sara Barboza.

Las hijas de este pueblo se distinguen por su belleza, pero si á alguien tuviéramos que señalar como reina de la tertulia, sin menoscabo de las demás, proclamaríamos á la hermosa y angelical Petronila Usher, considerada con razón, por cuantos la conocen, como una estrella de nítido fulgor en el límpido cielo de la hermosura sanlorenzana.

Corresponsal

San Lorenzo, Junio 3 de 1903.



Capitán Lucio Sila Godoy

Ayer fueron inhumados en el cementerio de la Recoleta, entre numeroso y selecto acompañamiento, los restos mortales del capitán Lucio Sila Godoy, prisionero asesinado y mutilado en «Potrero Oculto», según la vibrante alocución del comandante doctor Carlos Luis Isasi.

Sila Godoy es una de las víctimas más simpáticas de la revolución. A la par del normalista Santiago del Pilar Dávalos, caido gloriosamente en el combate de Limpio peleando á las órdenes del impetuoso y bravo comandante Albino Jara, y del agrónomo Luciano Díaz, muerto en el encuentro de Guarambaré, Sila desapareció del escenario del mundo en plena mañana de la vida, con todas las ilusiones de la primavera juventud, llena todavía la mente de todos los encantos del ensueño y la esperanza.

Morir en la tarde de la vida—cuando en el alma ya no existen sino residuos de entusiasmos desvanecidos, hojas marchitas de ilusiones que fueron—no es sino llegar á una solución lógica y normal; pero perder aquélla en plena primavera, cuando el sol apenas ha empezado á brillar en el horizonte, es como tronchar el roble destinado á una existencia secular ó cortar las alas del águila al remontar su vuelo en la inmensidad.

Sila Godoy era todavía un alma ingénua. Sin pretensión de ningún género, de una sinceridad absoluta en su proceder, era la sencillez personificada. Vivía de la amistad y para la amistad: no tenía otra consagración que el culto á sus amigos.

Era el único hijo nacido en tierra extranjera. Nació en los comienzos de la larga proscripción que pesó sobre su ilustre padre y en momentos de pobreza suma, — lo cual no aconteció con sus hermanos sucesivos que ya nacieron en tierra paraguaya, porque la situación económica del proscripto había ya cambiado. El desterrado sin pan y sin hogar habíase vuelto un potentado, un gran señor que vivía en palacio, rodeado de libros y de obras de arte, entre los explendores de un lujo oriental, al-

ternando con los primeros pensadores y políticos de Buenos Aires y poniendo generosamente su casa y comodidad á disposición de cuantos paraguayos distinguidos pisaban las orillas del Plata, especialmente si eran de aquellos que llevaban en el cerebro un átomo de idea. Sila pudo haber ingresado en envidiables condiciones al colegio militar de aquella capital, como él deseara y fuera su vocación; mas el padre se opuso á ello terminantemente y le envió á la Asunción, porque considerando la influencia poderosa del medio, deseaba y esperaba que su hijo viviendo en la atmósfera paraguaya, sintiendo las palpitaciones del alma de este país, se connaturalizara en el afecto y el compañerismo de sus compatriotas. ¡Quién había de imaginarse entonces que este anhelo tan legítimo y tan propio de un hombre superior privado del derecho de vivir en su patria, llegaría á tener un desenlace tan prematuro como espantoso!

Sila era el hijo mimado del padre, acaso por lo mucho que se le parecía—circunstancia que despertaba tanta consideración en la antigüedad—ó ya porque hubiese heredado su espíritu enérgico y batallador. Poseía aquella hermosura varonil que tan alto concepto me-

reció á Chateaubriand, hasta el punto de creer que hubiera sido más feliz si hubiera sido más hermoso. Era de elevada estatura, delgado, esbelto, con la fortaleza del roble. Un metro y ochenta y dos centímetros media el ataúd donde apenas cupo su cadáver. Las trincheras de Villeta, cavadas por sus propias manos, atestiguan su vigor. Su agilidad y fuerza muscular eran proverbiales entre sus compañeros y consocios del Club atlético «Olimpia», de que era presidente. De él podría decirse también como de aquel otro compatriota, que «si en los tiempos dichosos de la estética y del sublime arte se hubiera presentado en el istmo de Corinto á disputar el premio sobre el césped sagrado de los juegos Némeos ó Píticos, habría hecho ventajosa concurrencia á la juventud griega en el manejo del disco y del cesto, las carreras á pie, las luchas romanas, los concursos hípicos, naumaquias y los asaltos de sable y espada; y que hubiera seguramente recibido el ramo de laurel de Apolo, supremo premio acordado á los afortunados vencedores, de manos de resplandeciente y púdica virgen, vestida de blanco peplo y coronada de azahares».

De la participación de Sila en los comienzos y desarrollo de la revolución

política más popular, más afortunada y simpática que hasta ahora ha estallado en el Paraguay habló ayer en la necrópolis de la Recoleta, con más autoridad y derecho, en términos altamente honrosos para el extinto, su comandante y amigo el doctor Isasi. Las conceptuosas palabras del comandante Isasi, rebosantes de pasión y de fervor patriótico, al mismo tiempo de significar la apoteosis del capitán Godoy, eran la lápida con que se sellaba el hundimiento de un sistema caído para bien y gloria del Paraguay. Sila cayendo como un héroe en el campo de batalla, al pie del cerro de Yaguarón, hízose digno de su apellido, dejó un ejemplo edificante á la juventud y regó con su sangre el árbol de regeneración que saneará el ambiente político de la república.

Por eso nosotros en estas cortas líneas nos limitamos á asociarnos al duelo general, deshojando las flores de la amistad y del recuerdo perdurable sobre la llorada tumba del joven mártir de la libertad.

Asunción, 6 de Enero de 1905.

Insertamos á continuación el elocuente discurso del comandante Dr. Carlos L. Isasi, pronunciado en el cementerio de la Recoleta, así como la descripción de la exhumación y sepelio de los restos del capitán Godoy:

EXHUMACIÓN Y SEPELIO

DEL CAPITÁN SILA GODOY

(De *El Diario*, de Enero 6 de 1905)

La comisión médica enviada por el juzgado del crimen á «Potrero Oculto», con el fin de practicar la exhumación y autopsia del cadáver de Lucio Sila Godoy, ha estado de regreso por el tren de ayer á esta capital.

Dicha comisión la componían el médico forense doctor Enrique Marengo y los doctores Fernando Gorriti y José Pedro Montero, quienes, á su vez, eran acompañados por el padre de la víctima, don Juan Silvano Godoy, los señores Héctor Recalde, Daniel Codas, P. Arrón, Felipe Gavilán, Daniel Jiménez Espinosa, Junio Quinto Godoy, Silvano Mosqueira, Rolando Godoy y otros amigos.

La comisión llegó á Itá como á la 1 del dia, partiendo de allí como á las 2

hácia «Potrero Oculto», acompañada del jefe político, padre Fleitas y otros caballeros de la localidad.

Hora y media después se encontraba en el punto donde se desarrolló la sangrienta escena que horrorizó á toda la república.

La sepultura se encontraba al pie del cerro de Yaguarón, hácia el N. O. del mismo, al lado mismo de un arroyito, cerca de varias casas de la vecindad poblada de agricultores. Gentes sencillas en cuya imaginación quedará como una leyenda doliente la inmolación salvaje de la noble víctima!

Los mismos que le enterraron ayudaron á la comisión médica para practicar la exhumación. El foso tenía como un metro de profundidad. A las 4 de la tarde era extraido el cadáver, colocándose sobre el borde de la sepultura. Atraidos por la curiosidad habían acudido muchos hombres y mujeres del potrero, así como del pueblo de Yaguarón, entre éstos el juez de paz comisionado para la identificación del muerto.

Dos horas y media duró la inspección médica. El cuerpo, sin más vestimenta que calzoncillos y camiseta, estaba perfectamente conservado, así como la cara, donde tan sólo se notaba pequeña descompostura en la nariz. Dada la blan-

cura nívea del finado en varias partes del cuerpo se notaban pequeñas manchas amoratadas, seguramente de sangre coagulada. La punta de la nariz estaba destrozada al parecer á consecuencia de un golpe de pala al practicarse la excavación. Como tres pulgadas la lengua sobresalía de la boca. Las dos manos se hallaban completamente cerradas. Tan bien conservada se hallaba la piel que los hermanos reconocieron hasta una cicatriz que tenía el extinto en un brazo. El pelo era el que caía abundantemente al menor contacto de la pala ó del cuchillo del practicante. El pecho, en la parte derecha, presentaba una herida de bala que atravesando el cuerpo salía por el costado izquierdo. Cada vez que se tocaba la herida con un instrumento cortante salía una sangre amoratada, casi negra. Las dos orejas le habían sido cortadas completamente hasta la raiz.

Un vecino refiere que quien las cortó las guardó cuidadosamente en un pañuelo colorado, metiéndoselas después en el bolsillo, y que para practicar la bárbara operación puso el pie sobre el pecho de la víctima. Cerca de tres horas duró la fúnebre tarea, concluyéndose casi al oscurecer.

El cadáver fué reconocido judicialmente por el padre y hermanos del fi-

nado y el médico forense, actuando como testigos, bajo juramento, los señores Silvano Mosqueira y Héctor Recalde.

Colocado el cadáver en un ataúd fué conducido con un acompañamiento como de cincuenta hombres, esa misma noche á Patiño-cué, llegando por el tren ordinario á la capital. Las damas de Itá é Itauguá colocaron coronas de flores naturales sobre el ataúd, con expresivas dedicatorias.

A las cuatro de la tarde del día de ayer fué conducido el cortejo fúnebre hasta el cementerio de la Recoleta, con un acompañamiento tan selecto como numeroso. El general en jefe de la revolución con su estado mayor, damas, niñas y caballeros de los más distinguidos de la sociedad, formaban en el acompañamiento fúnebre. El duelo fué un verdadero acontecimiento público.

Una vez en la Recoleta se le rindieron los honores de ordenanza, pronunciando el teniente coronel doctor Carlos Luis Isasi el siguiente hermoso discurso en nombre del general en jefe y estado mayor de la revolución:

Señores:

Una orden del dia emanada del ministerio de guerra y marina me ha en-

comendado la penosa misión de expresar, en este acto, los ecos del corazón atribulado de los compañeros de fila y de causa del capitáu Lucio Sila Godoy, prematuramente arrebatado al afecto de los suyos y á las esperanzas de sus camaradas.

Ante el cuerpo horrorosamente mutilado del compañero, no seré sólo el intérprete de las almas apesadumbradas por una pérdida sensible, sino también el heraldo de la protesta de los espíritus nobles y cultos en presencia del asesinato alevoso de un prisionero y de un compatriota.

La tragedia habrá sido horrible, y la mutilación de la víctima es una pinceilada fatídica con que la barbarie mor--bunda ha escrito el epílogo de su nefasta historia en la vida política y militar de nuestra patria.

El primer día del estado de sitio el joven Godoy dejó sus tareas periodísticas para alistarse en la expedición al centro de la república. Formó en el cuartel general, en el batallón 2 de infantería, donde por sus aptitudes y sus entusiasmos conquistó muy pronto los galones de teniente.

En la exploración del Ytororó combatió con arrojo al lado del inolvidable mayor Almeida y formó parte de varias

comisiones de menor importancia, distinguiéndose en todas ellas por su exactitud en el servicio y su serenidad ante el peligro.

Cuando supo que se preparaba una expedición para tomar las Misiones, pidió su pase al regimiento 1.º de caballería de mi mando. Allí fué recibida su incorporación con alegría, porque todos le apreciábamos por las bellas prendas de su carácter.

Vino la acción de «Potrero Oculto», en donde no le quitó la vida la bala enemiga sino el puñal asesino, en donde no acompañó sus últimos momentos la compasiva solicitud de soldados, en el verdadero sentido del vocablo, sino la rabia impotente y la furia insana de bárbaros con uniforme militar.

Señores: Luchábamos contra un sistema, contra la barbarie, en nombre de una idea, la civilización. Los caídos en nuestras filas no serían solamente héroes: los frescos laureles que adornaban la frente lívida de nuestros soldados muertos tenían que irradiar la aureola del martirio.

Así fué cómo Sila Godoy cayó héroe y bajó mártir á la sepultura, legando á las generaciones cívicas de su patria un alto ejemplo de virtud y de abnegación patricias.

Cuando las instituciones y los sistemas están condenados á morir ó á desaparecer por la lógica y el desarrollo natural de los acontecimientos, se verifica siempre por ley fatal, como la caída de las frutas podridas: todo se combina, hasta los más pequeños detalles conspiran para producir el fenómeno.

Así la barbarie política y gubernamental en el Paraguay tocaba á su término: el espectáculo del pretorianismo, la supresión de las instituciones libres, el saqueo de las arcas fiscales, la concupiscencia política y la inmoralidad administrativa no caracterizaban lo suficiente esa época de oprobio: el puñal tenía que funcionar; las llamaradas del incendio de hogares respetables y el rubor de doncellas y esposas ante la profanación brutal de su pudor, tenían que iluminar con sus tintes rojizos la escena.

Y así murió el sistema, así cayó la barbarie en el Paraguay, después de dejar sus huellas devastadoras en la administración, en los campos y en el hogar.

En Sila Godoy y otras víctimas de la barbarie cuartelera y de los instintos gauchescos se ha cumplido esa ley histórica, y sus nombres pasarán á la historia de nuestras luchas civiles como

enseñanzas palpitantes de patrióticas abnegaciones.

El joven periodista cambió en hora oportuna la pluma por la espada, y así como pregonó la libertad y combatió por la moral y el derecho con la palabra, dió su sangre y su vida en aras de tan cariñosas deidades, inmortalizando su nombre al arrastrar en su caída de robusto gladiador el organismo destrozado de la barbarie paraguaya.

Es el primer héroe de la cruzada redentora, que viene á solicitar este acto de cristiana piedad de parte del pueblo. Es el primer cadáver de los soldados del pueblo que viene á enlutar los corazones que ayer recibieron alborozados á los vivos y á los triunfadores.

Deshojemos sobre él las siemprevivas del recuerdo y las hojas verdes del cariño.

En nombre del ejército y de su jefe, como de los camaradas del regimiento, vengo á dar el postrer adiós á los despojos del capitán Lucio Sila Godoy, cuyo cruel martirio y heroica muerte le deparan memoria inmortal en el corazón del pueblo.

La sombra de Alón

(Al delicado poeta Alejandro Guanes, teniente del batallón 2° de infantería del ejército revolucionario del sud.)

¿Dónde está la sombra de Alón?—se pregunta.

Y contestamos.

La sombra de Alón animó á los expedicionarios del «Sajonia» en el momento mismo en que abordando al «Villa Rica» y poniendo miedo y espanto en el corazón de los primeros cruzados de las hordas cuarteleras, recogían los primeros laureles de la victoria y echaban los cimientos inconmovibles de la revolución. Desde el mástil del «Sajonia», confundiéndose con las voces de mando del capitán Benegas, del Comandante Duarte, y la palabra vibrante de Manuel Gondra que con el fusil en la mano daba ejemplo de valor y disciplina á sus subordinados, ocupando los puestos

de más peligro en la acción; desde lo alto del «Sajonia», en la mañana memorable del 11 de Agosto,—teniendo por teatro las mansas olas del magestuoso Paraguay y por espectadores á la población sobrecogida de Villa del Pilar—la sombra de Alón entonó la diana del triunfo y saludó alborozada la próxima regeneración de la patria de sus ensueños. Las brisas del Ñeembucú se encargaron de difundir hasta los más ocultos rincones de la república los ecos de aquella diana, que era el mensajero secreto que llevaba el entusiasmo y la esperanza á los corazones patriotas.

La sonora vibración de aquel acento de virtud republicana, volando en alas de la fantasía popular, repercutía en todo el país como el canto marcial de la libertad.

La sombra de Alón estuvo entre la juventud dorada de Asunción emigrada al Pilcomayo, al descubrirse el secreto de la conspiración, en espera del buque redentor, y donde recibía las primeras nociones militares del valeroso Albino Jara, en quien sus camaradas reconocieron al tipo del paraguayo de raza llamado á renovar, en caso necesario, las proezas de sus mayores. «De tal manera nos transmitió el valor ingénito de su gran corazón—nos decía uno de

sus oficiales—que á los pocos días de ser disciplinados por él, nos sentíamos con aliento bastante para tomar por asalto el pueblo de Villeta, sin más armas que nuestros rewólvers, y dispersar á la fuerza gubernista acampada allí». Esa sombra venerada estuvo en Parirí y en Confuso, en Ytororó y San Antonio, en todas partes donde había fuerzas contrarias que vencer. Aquel inolvidable Santiago del Pilar Dávalos, joven normalista que de la escuela donde dictaba clase marchó á la revolución para encontrar la muerte, expiró, sin duda alguna, murmurando el nombre de Alón. El «Patria» de Liberato Rojas marchaba á su empuje soberano y el comandante Guanes en Ypytá, con sesenta compañeros, cargó á la bayoneta y despedazó á dos batallones enemigos, tomándoles armas y prisioneros, porque al entrar en acción la voz de su conciencia le gritaba que la bandera que flameaba en su gallardo escuadrón era la misma que Alón hiciera tremolar, en su brazo de titán, entre el plomo de la coacción oficial en *Isla Paú.*

La sombra de Alón estuvo en el «Sajonia» el 16 de agosto frente á la Asunción, cuando el buque fantasma recibía impávido aquellas famosas descargas de artillería que no causaban daño y sólo

servían para atemorizar á las familias asuncenas, y cuyo estampido se perdía en la inmensidad de los desiertos del Chaco. Si no se hubiera firmado la paz, si la revolución hubiera tenido otra solución que la impuesta por el tratado del Pilcomayo, la sombra de Alón hubiera también contemplado, quizás con más gozo que en el Pilar, la entrada triunfal de los batallones revolucionarios á la capital, después de sojuzgar y abatir en la batalla á los defensores de un régimen que durante más de treinta años fué la vergüenza y el oprobio del Paraguay. Entonces, al saludar el predominio definitivo de la civilización en su hermosa patria, al ver que no era estéril la semilla que dejó al morir en el destierro, hubiera podido decir que por fin el sol de la victoria iluminaba los hermosos ideales por que luchara durante su agitada y tormentosa vida.

Alón no ha muerto. Vive y vivirá, porque «es mentira la muerte de los héroes.» Su sombra flota sobre los destinos de la patria como un iris de esperanza que anuncia horas de dicha en el porvenir.

La sombra de Alón está en la mente y en el corazón de la intelectualidad pensante del país; y su solo recuerdo

inscripto en la celeste enseña del partido liberal, constituye todo un programa de pundonor y cívica altivez. Alón fué el precursor y uno de los fundadores del único partido que en el Paraguay—por la calidad de sus pensadores y repúblicos, por el temple de sus cabezas dirigentes, por la pureza de sus doctrinas y la elevación de sus miras democráticas—tiene el nervio necesario para ser el sustentáculo de un gobierno de orden, paz, trabajo y honestidad republicana

Asunción, 29 de Enero de 1905.

EL PRIMER ANIVERSARIO DE LA REVOLUCIÓN

CARTA ABIERTA [1]

(De *El Cívico*, de Agosto 11 de 1905.)

El Jefe del Estado Mayor General ha recibido, con fecha de hoy, la siguiente carta que con gusto reproducimos:

Asunción, Agosto 11 de 1905.

Señor Comandante
Don Manuel J. Duarte.
Capital

Mi distinguido comandante y amigo:

En el primer aniversario de la acción militar más importante de la Revolución, me permito enviarte un saludo afectuoso como ciudadano y como amigo.

En tu persona saludo igualmente á todos tus camaradas en aquel hecho de armas memorable.

Recuerdo todavía la impresión desconsoladora que produjo en las filas gubernistas la noticia del desastre de la expedición del «Villa Rica». Algunos minutos después de la llegada del «Centauro» toda la Asunción sabía la inesperada catástrofe. Desde entonces la revolución quedaba en pie, potente é invencible y el «Sajonia,» hoy «Libertad», pasaba á ser el contrafuerte, la muralla de granito, ante la cual se estrellaban todos los esfuerzos de una situación desesperada!

La historia política y militar de nuestro país consagrará, seguramente, una página de honor para aquel acontecimiento de tan fecunda consecuencia en los destinos ulteriores de la revolución; pero hay otro hecho igualmente heroico y digno de recordación en aquella hora de tu existencia, que no registrará ninguna historia y sólo quedará en los pliegues ocultos del corazón. Me refiero á la hora aquella en que, en la víspera de unir tu destino á la elegida de tu alma, tuviste que embarcarte en una empresa preñada de incertidumbre, dejándola en la soledad de su dolor, lleno el espíritu de zozobra y de inquietud. Mientras cumplías un deber patriótico corrías el riesgo de amargar para siempre una existencia.

Mucho habrá sufrido la que es hoy tu amadísima esposa, y á mi juicio ha habido más grandeza en tí en la hora suprema de tu despedida de ella para asumir el mando del buque redentor, que en el momento mismo del choque con el «Villa Rica» y todos los bombardeos posteriores de Itapytapunta y San Antonio. Aquí pusiste en peligro solamente tu vida material, al paso que en Buenos Aires dejabas girones de tu alma llena de pasión.

En ese conflicto del deber cívico con un compromiso de honor sellado con las afecciones más puras del espíritu, habrás tenido una lucha más titánica que en todos los hechos de armas de la revolución. La figura del héroe militar queda eclipsada ante el resplandor de aquel otro heroismo más puro, que no se escribe en ninguna historia, porque sólo tiene por actores dos seres que se aman, por auditorio los latidos del corazón y por escenario el santuario íntimo de la conciencia!

Esperando que en los aniversarios sucesivos—cuando la República definitivamente consolide su paz y prosperidad—el 11 de Agosto llegue á ser una fiesta nacional, me complazco en saludarte con el sentimiento de mi invariable afección.

Tu atto. y S.S.

[1] La presente carta ha sido contestada del siguiente modo:

Asunción, Agosto 11 de 1905

Sr. Don Silvano Mosqueira

Mi querido y buen amigo:

Tu hermosísima carta es un himno. La recibo porque viene cantando, en estrofas admirables, el comienzo del resurgimiento á la libertad de nuestro querido Paraguay, que en adelante marchará rectamente á ocupar el sitio que le tiene señalado su grande destino, pese á quien pese.

Los causantes de los dolores de la patria han caído para siempre arrastrados al abismo del desprecio público, por la ira popular, de la que nosotros no fuimos sino los primeros intérpretes y ejecutores en la gloriosa jornada del 11 de Agosto, y que después completaron todos los buenos ciudadanos.

Profunda impresión me ha causado la historia que me haces de la separación de la que hoy constituye el encanto de mi hogar y á la que solamente el cariño intenso á nuestro país, pudo impulsarme á dejarla.

Estas rudas sacudidas del corazón han templado mi espíritu y me han convencido de que nada se puede oponer á la realización del bien cuando se agrupan y se entienden los que desean el progreso y la libertad de la patria·

Hazme el bien de agradecer á Juan Manuel las conceptuosas frases que me dedica, en la post-data de tu hermosa carta.

Te reitera sus agradecimientos tu invariable compañero y amigo que te estrecha en el dia de hoy en un largo y fuerte abrazo.

Tuyo affmo.

Manuel J. Duarte

Oposición candorosa

Lamentable es el extravío de una parte de la juventud revolucianaria que con una buena fe y sinceridad que no ponemos en duda y dando prueba de una independencia de criterio digna de respeto, huye de las filas libertadoras al palpar la realidad de la victoria, se lanza á la oposición periodística, sin programa y sin bandera, y abandona á su suerte á los mismos que ayer aclamó en los campos de batalla y los cuales concentraron, durante más de veinte años, las más hermosas aspiraciones de la república.

¿Qué quiere esa juventud? Cuál es su programa? Dónde están y cómo se llaman sus hombres representativos?

Leyendo sus hojas impresas cualquiera creería, impresionado por el tono de su propaganda disolvente, que nunca el país se ha encontrado en una situación tan desastrosa como en el presente; que la república se halla al borde del abis-

mo, rotas sus instituciones y próxima á ser juguete de la dictadura; que sus más grandes caracteres, hasta ahora no discutidos, se han torcido al contacto del poder; que, en fin, si nos encontrásemos con el fusil al hombro, sería el caso de comenzar otra revolución más sangrienta, más justiciera y liberal que la que triunfó el año pasado entre el aplauso clamoroso de la Nación.

Es muy hermosa y sugerente para los espíritus líricos esta campaña declamatoria de demolición, que á manera de un corrosivo venenoso destruye nombres y reputaciones, estableciendo una igualdad desconsoladora entre los que se han sucedido en la dirección superior de los destinos del país: los mismos vicios y miserias, las mismas bajas pasiones entre los derrocados de 1904, después de treinta años de dilapidaciones y crímenes, y los que desde entonces llegaron á la cumbre, al empuje de sus huestes victoriosas.

Y, sin embargo, cuán injusta y perjudicial es esta manera de pensar y de sentir de una parte de la juventud liberal revolucionaria de 1904!

Juzgando la situación política, por los hombres que la componen, bien podemos sostener que el Paraguay tiene actualmente un gobierno ideal, el *non plus ul-*

tra de la democracia y la libertad, ó en otros términos: un gobierno que no sería igualado ni aunque se fundieran en una sola agrupación todos los elementos dispersos del coloradismo vicioso, los neutros y equilibristas de todos los tiempos y esa juventud candorosa y extraviada, cuya campaña demoledora es, desgraciadamente, un grito de regresión hácia el pasado!

El presidente de la república, doctor don Cecilio Báez, es un luchador de veinte años, demócrata de valor cívico probado, autor moral de la revolución, según se proclamaba en los campamentos, hasta ayer profeta, ídolo de esa misma juventud que ahora quiere escupirle sólo porque su buena estrella y su talento le llevaron á la más alta cima del poder. El doctor Báez presidente ¿habrá dejado de ser el patriota «desposado del ideal», cuya palabra ardorosa inflamaba de entusiasmo los corazones juveniles, conmovía los claustros universitarios y ponía en pie á todo cuanto piensa y siente en la república? La juventud que le abandona se suicida y decreta su propia anulación; porque hubiera sido más cuerdo y de resultado más eficaz acompañarle con la fe de otros tiempos, precisamente en la hora psicológica de su encumbramiento, antes

que darle las espaldas y declararlo de antemano un derrotado, un fracasado de la política y del patriotismo. La juventud que en una hora de impaciencia destruye sus ídolos, lo repetimos, se suicida, porque los hombres no surgen como hongos, los prestigios no se improvisan, y la revolución no ha sido el Jordán que purifique á todos los penitentes de la política, refugiados á la sombra de su bandera. Es impolítico quemar las naves cuando se carece de un Hernán Cortés para proseguir la conquista.

El ministro de guerra y marina, doctor don Benigno Ferreira, general en jefe de la revolución, está en su puesto, y es la columna fuerte que sirve de punto de apoyo al predominio definitivo del Partido Liberal en el gobierno. Sobre el general Ferreira ha pesado el ostracismo de veinte años, decretado por el odio del Partido Colorado, y cuando después de tan larga expatriación volvió á incorporarse á la vida nacional, al dictarse la ley de amnistía ámplia en 1895, asumió la dirección de ese partido, corrió su suerte en la llanura, soportó las zozobras de la oposición á los gobiernos bárbaros y con su tino y circunspección mantuvo latente en los corazones liberales el senti-

miento reivindicatorio que tuvo su formidable y brillante estadillo en el movimiento de Agosto de 1904. En tan solemnes circunstancias, ¿qué actitud asumió el general Ferreira? Corrió la suerte de sus compañeros de causa, los liberales, embarcándose en el *Saionia* vengador, cuyo altivo y pundonoroso comandante era el brazo de acero que venía á lavar la afrenta de tantos años; el fuego de las baterías de Itapytapunta y Asunción, en pleno día, soportó con impavidez veterana; nombrado generalísimo sobre el campo de acción, procedió con tanta pericia militar y tino político, que á los cuatro meses se obtenía un triunfo espléndido, con el sacrificio del menor número de vidas paraguayas. — Su conducta posterior á la revolución es su mejor título de gloria que debieran proclamar á voces precisamente los que hoy más gritan contra él y sobre los cuales no han caído las terribles represalias de una revolución triunfante, mediante la infinita bondad y mansedumbre del generalísimo. —Si éste hubiera consentido, cuántos de sus difamadores del presente no hubieran recibido ya su merecido! Si el general Ferriera hubiera sido el hombre malo, rencoroso, vengativo, el depósito de odios que pintan sus enemigos ¿no hu-

biera dado prueba de su maldad á raiz de la revolución castigando con mano despiadada á los que en igualdad de circunstancias jamás le hubieran tenido á él consideración? Los enemigos tradicionales del general, ¿han sido ó son siquiera molestados? No lleva acaso su bondad hasta un límite que pasma á sus propios difamadores? Pesen estas consideraciones la juventud incontaminada y los detractores públicos y anónimos del general, y dígannos si no estamos en la verdad.

El ministro de hacienda, don Emiliano González Navero, es toda una garantía en la cartera que desempeña. Los dientes de la calumnia y de la envidia se han de estrellar contra su reputación sólida y brillante. Compañero de Báez, Taboada y Gondra en la dirección del Partido Liberal desde su iniciación, su vida es modelo de abnegación y sinceridad. Lo ha sufrido todo por sostener sus convicciones,. y también, en la hora suprema, cuando los cañones vengadores del *Sajonia*, saludando la plaza deAsunción, ponían miedo y espanto en los corazones delincuentes, ocupó su puesto de sacrificio, dispuesto á vencer ó perecer en la demanda. Habiendo encontrado vacías las arcas fiscales y con *déficit* considerable, en pocos meses de actua-

ción ministerial puso el presupuesto al día y en condiciones de servir religiosamente los compromisos internos y externos de la Nación. El que niega la honestidad cívica y patriotismo insospechable de González Navero, será también capaz de negar la luz del sol. Resplandece sobre su frente la brillante aureola de una austeridad de carácter fortalecida en veinte años de lucha por un ideal.

Entre los colaboradores eficientes del gobierno también figura, en primera línea, el senador nacional don Antonio Taboada, actual jefe del Comité Ejecutivo del Partido Liberal, ciudadano probo, honesto, que es la encarnación más pura de los principios inscriptos en la bandera de la asociación. Nadie tiene más mérito que Antonio Taboada dentro de la poderosa agrupación política llamada Partido Liberal, de que ha sido y es jefe nato tradicional El partido se fundó á su iniciativa; los primeros conatos de oposición anteriores á esa fundación y que le sirvieron de causa generatriz, han sido organizados y dirigidos por él; hubo épocas de persecución é intransigencia en que todos los rayos de la indignación oficial se desencadenaban sólo contra su persona; en las luchas comiciales, de que era resorte

poderoso, ha jugado su vida más de una vez, lo mismo en la capital que en la campaña, y el golpe frustrado del 18 de Octubre de 1891 le tuvo entre sus gestores y dirigentes. Felizmente, después de 20 años de lucha ardiente y ya casi en el ocaso de una gloriosa ancianidad, el venerable patriota asistió á la apoteosis de su partido, de ese partido á cuyo triunfo consagrara todas las energías de un espíritu fuerte. Es la única y la más hermosa recompensa á que aspiró en sus ensueños de civismo!

Como representantes diplomáticos forman parte de este gobierno ciudadanos de la talla política y figuración intelectual de don Manuel Gondra y el doctor José Zacarías Caminos, personalidades conspícuas que en el desempeño de sus elevadas funciones honran al país que representan y á su gobierno, así como al Partido de que son miembros caracterizados.

Deliberadamente dejamos de mencionar otros nombres prestigiosos del Partido Liberal, que forman parte del gobierno en una ú otra forma; porque para los fines que nos proponemos, basta con los consignados.

Y bien. — Suponiendo que la propaganda demoledora de la juventud disidente diera los resultados que apetecen,

con fruición, desde la sombra sus inspiradores y fueran desalojados del poder los ciudadanos actualmente preponderantes ¿con quiénes serían éstos reemplazados? ¿Existe, por ventura, en la república alguna agrupación que concentre mayor suma de prestigio y de respetabilidad tradicional que los liberales unidos? ¿Es posible establecer, hoy por hoy, un gobierno ideal, de pureza helénica, sin punto de contacto con los partidos existentes? En el caso del derrumbamiento de los que hoy imperan, ¿cuál sería el partido ó los hombres que recogerían el botín? ¿Se llamaría otra vez á los hombres del Partido Colorado? ¿O sería cuerdo confiar el mando de la república á los comerciantes ó abogadillos de tres al cuarto que nunca han tenido un minuto de sinsabor en la lucha por la patria y la libertad?

No. Los liberales han hecho la revolución y han derrocado á sus enemigos tradicionales, á los que han agraviado y ultrajado á la sociabilidad paraguaya, por espacio de treinta años, para asumir la responsabilidad histórica del movimiento y realizar en el gobierno los principios que constituyen el punto cardinal de la carta orgánica de su partido. La hegemonía liberal en el gobierno del

país es el desideratum de los patriotas, la suprema aspiración de los que sueñan con la felicidad de la patria, y todos los que conspiran contra ella deben ser considerados como enemigos del bien público.

La obra no es de un año ni de dos, porque los males á curar son infinitos y el tiempo transcurrido apenas basta para deslindar posiciones; pero hay entre sus asociados suficiente dosis de preparación científica, de virtud y honestidad republicana, para que ella pase á ser una hermosa realidad en un porvenir no remoto.

Asunción, Febrero 4 de 1906.

Consideramos oportuno reproducir, en este lugar, el conceptuoso artículo publicado en *El Municipio* de Villa Concepción, durante la revolución, cuando la mirada y los anhelos del país se concentraban en el eminente proscripto de veinte años, á cuya pericia de militar y de estadista se confiaba la dirección suprema de las fuerzas revolucionarias.

Dicho artículo sintetiza el concepto superior que merecía de la consideración de su patria el general en jefe de la revolución; y estamos seguros que si el *peligro colorado* llegara â amenazar la estabilidad del gobierno liberal, á nadie sino al general Ferreira se fiaría de nuevo la defensa de las instituciones y del predominio del elemento civilizado en el poder, asegurado con la hegemonía del Partido Liberal.

Hé aquí el notable artículo de la referencia:

EL GENERAL FERREIRA ANTE EL PAÍS

La espada del general en gefe de la revolución que se aprestaba á marcar los derroteros del civismo en las trágicas horas de las batallas, va á deponerse,

quizás dentro de breves horas, entre el olivo que auspicia los excelsos triunfos de la paz. Guerrero y estudioso, soldado y ciudadano, le cupo la suerte de ser entre los suyos un proscripto en el hogar común de la patria. Parecía, hasta ayer, que, indiferente á los acontecimientos, contemplara con mirada esquiva las cosas de la propia tierra. Se le temía y se le odiaba y más de una vez, el chapoteo de las multitudes desbordadas arrojó sobre su frente pensadora el escupitazo brutal de la canalla.

En estas horas históricas por que pasamos, la estatura moral de los hombres se mide por la acción que representan. La revolución es la idea germinadora transformando lentamente la modalidad de los espíritus; la revolución es la energía del pensamiento que se desata en toda su intensidad. Cuando esos momentos llegan, las colectividades en choque simbolizan su ideal en una bandera y la libran al brazo del más fuerte. Esa enseña, siempre erguida á través de la victoria ó del desastre, á veces se remonta hasta el último nivel de las aspiraciones realizadas y otras, se pierde más allá del olvido, en las lejanías del silencio.

El general Ferreira significa la acción, el empuje, el desbordamiento del pueblo paraguayo marchando hacia la luz. Po-

drá no ser genial, ni tampoco uno de aquellos talentos llamados á deslumbrar con su verba ó con la anunciación de uno sola de sus ideas los ojos absortos de las muchedunbres; pero alguna vez supo luchar con pujanza, alguna vez puso su pie sobre nucas que seguramente no eran de cobardes, y las colectividades, cuando se resuelven á jugar el todo por el todo, agrúpanse en torno de los fuertes, de los que son capaces de algo grande ó de algo bello, de los que son acción y honestidad. Lo único que resta en el espíritu de la humanidad, al depurar la filosofia de la historia, es la silueta del héroe, personificación superviviente de la fuerza y del ideal de las generaciones extinguidas.

Y no es que querramos colocar en tan alto nivel al jefe de la revolución hoy en pié. Ello significaría ultrapasar el nivel de la reflexión á fin de prodigar epítetos mal sonantes para oidos que se precian de modestos. Queremos tan sólo enunciar que la nación paraguaya, al agruparse en torno del general Ferreira, lo ha hecho, porque sabía que en el fondo de su espíritu silencioso, se habían depositado todas las amarguras y todos las esperanzas de su tiempo y de su raza.

¡Qué compromiso más alto, más difícil de cumplir, más lleno de escabrosidades

es el que ha suscrito con su pueblo ese general, al levantar la espada de la rebelión! En un país como el nuestro en que todo está por hacerse, en que se vive de la improvisación, en que se crea en un día lo que se ha de destruir en una hora, se necesita de una pujanza superior, de un valor sin tacha, casi sin límites para aceptar la obra de su reconstrucción definitiva. Los más patriotas vacilan en estas horas solemnes. Se está sobre una cumbre, pero á la vez frente al vértigo de un abismo.

Es una inmensa labor de obrero valiente y sereno la que le epera. Hay que obrar rápidamente, saneando instituciones, reformando caracteres, extirpando vicios, castigando delitos; haciendo de la justicia una verdad y de la ley un noble lazo que una al que está en el llano y al que está en la altura; haciendo del ciudadano un ser consciente de su deber y de su derecho, capaz de bastarse á sí mismo en todo los actos de la vida, para que no sea mañana lo que ha sido hasta hoy, una víctima propiciatoria de miserables payasos del civismo.

Y hay que iniciar á las masas en la religión del orden, tonificando, ó mejor dicho, depurando el espíritu nacional en esos vastos crisoles del ejemplo; dándo-

les la noción del propio valer como entidades directrices del espíritu público y, sobre todo, hay que eliminar el sofisma patriótico y el sofisma político, que son los cánceres que nos roen, nos desesperan y nos matan.

Y, sobre todo, hay que definir nuestra característica como nacionalidad; hay que trazar de una vez un solo é inmutable camino, para que por él marche la patria toda, rectamente, sin tropiezos, sin zozobras, tal cual deben hacerlo los pueblos que ocupan su lugar en el siglo, auspiciados por todas las fuerzas y las bellezas palpitantes en las iniciaciones de las existencias nuevas.

Ante tan gigantesca labor se destaca la figura del general en jefe de la revolución y de la juventud que le proclama febriciente en los ensueños del mañana. Y, en esta hora de solemnes iniciaciones, de compromisos ineludibles, exclamamos nosotros también, con la verba de los entusiasmos triunfantes:

General: de los ojos sagrados de la Patria habéis recogido una lágrima para colocarla, como un astro en ascenso, sobre el ala tricolor de la bandera. Sóis el vengador de treinta años de miseria y de amarguras, de opresiones y de luto.

Tenéis á vuestra espalda todo un

pueblo, á vuestro frente el más grande de los porvenires. Que vuestras acciones sean generosas, serenas y nobles, y que paséis á través de los hombres y de los acontecimientos entre las bendiciones de vuestro pueblo, vencedor por la paz y por el trabajo en la ascención infinita de la vida!

CONTRASTE

ALLÁ Y ACÁ

Cuando el general Bartolomé Mitre, por razones de patriotismo y de alta política que sólo él conocía, dió el abrazo de conciliación—llamado *acuerdo*—á su tradicional adversario y rival el general Roca, muchos de los admiradores y amigos de aquél protestaron, y algunos hasta llegaron á creer que el gran patriota argentino había claudicado en una hora de desfallecimiento y que con ese paso se hundía para siempre, cavándose él mismo su propia sepultura como político.

Con motivo de su reciente fallecimiento refiere uno de esos admiradores que en aquella ocasión, armándose de valor para interpelarle y estrechando fuertemente su mano de amigo y maestro, se permitió decirle:—«General, perdone á mi civismo un atrevimiento inaudito. Todo los suyos pensamos que

el acuerdo celebrado con Roca es una ignominia....»

«Es, me contestó con inalterable pa-«ciencia, con paciencia de padre cariño-«so, resultado de una meditación pro-«funda y de un propósito nobilísimo. «Nada debo reprocharle, porque á su «edad era yo tan ardoroso y tan impre-«visor como usted. Es un sacrificio que «nos impone el patriotismo. Me aterra «la idea de morir, como Belgrano, oyen-«do el estampido del cañón fratricida. «Usted me ha preguntado si creo en la «sinceridad de su patriotismo y le he «contestado sin vacilar. A mi vez le «interpelo. ¿Cree usted en el mío? Pues «bien: en nombre de los intereses mora-«les y materiales de nuestro país vaya «usted y cumpla un supremo deber de «civismo aconsejando la concordia, pre-«dicando á sus amigos la necesidad de «deponer todo interés al de la patria. «Ésta nos deberá ahorrarle días de «vergüenza y de sangre... Nunca jamás «le he pedido nada: hoy se lo exijo!...»

«Horas después nos reuníamos en el «Club Popular», bajo la presidencia de J. Alfredo Ferreira, y se decidía interpelar al general Mitre respecto de la política de acuerdo. Yo me opuse; pero triunfó la mayoría. Fueron nombrados el doctor Carlos María Urien y José

León Suarez. Aquél, fogoso como un muchacho, habló con una valentía admirable. Pero.... que cuente él como le fué. No quiero arrebatarle el placer de hacer justicia al asombroso ejemplo de ecuanimidad y grandeza moral de que fué testigo».

La política del acuerdo se impuso y su resultado representan los años de paz y de labor que ha gozado la República Argentina y en los cuales ha afianzado, de una manera definitiva, el prestigio de su poder civilizador y progresivo en América. Mitre no sintió amargadas sus últimas horas con el estampido del cañón fratricida. Por eso su apoteosis ha sido grande y merecida.

Esta reminiscencia de aquel alto ejemplo de disciplina moral y de cordura dada por los argentinos para respetar la palabra de su patricio ilustre, nos sugiere algunas consideraciones relativas al proceder subversivo de algunos jóvenes amigos, discípulos y admiradores del eminente ciudadano, doctor don Cecilio Báez, en presencia de su actuación política á la conclusión de su misión diplomática en Méjico y los Estados Unidos.

El doctor Báez, respetando la sanción de las armas revolucionarias, vale decir, la voluntad de la república armada, que está arriba de todas las Constituciones,

puso su nombre y su prestigio al servicio de los ideales de la revolución: dió el abrazo del amigo y del compañero de causa al general en jefe, creación del mismo movimiento armado, y en cuya persona, en el banquete de despedida que se le dió en *El Cívico*, había ya declinado la jefatura de su partido al emprender su viaje al exterior. Obrando con una grandeza de ánimo que no pueden comprender los facciosos, los caudillos de grupitos, y viendo que la espada victoriosa de la revolución había obtenido el éxito para los ideales de toda su vida, hizo renuncia expontánea de toda ambición de predominio personal y fué más allá: consolidó, solamente con su nombre, con el prestigio de su talento, el predominio definitivo, incontrastable de sus partidarios, los liberales unidos, en el gobierno. Con su incorporación al gabinete, primero, y luego con su elevación á la suprema magistratura, evitó nuevas convulsiones internas y ahorró á la república horas de dolor y de sobresaltos que sólo pueden presentir las cabezas altas que ven más allá de los acontecimientos. Y ese temperamento político, adoptado como «el resultado de una meditación profunda y de un propósito nobilísimo», en nada amengua su condición de político dirigente; por-

que él está donde está y seguirá el camino que se ha trazado mientras tenga el convencimiento de que con ello presta positivos servicios á su país y á su partido.

¿Qué otro temperamento lógico y cuerdo cabía, para el doctor Báez, á raiz del triunfo de la revolución? ¿Encabezar una contrarevolución contando con la muchachada inexperta y sentando plaza de demagogo? ¿Arrancar los laureles á los que los habían recogido en la acción? ¿Disputar el predominio personal para sí, en menoscabo de los que habían dirigido la revolución desde los campamentos y bajo el fuego de los cañones enemigos? El doctor Báez ha mostrado tener suficiente elevación de espíritu y tacto político para no embarcarse en una aventura cuyo resultado hubiera sido un desastre para la república.

Suponemos que el doctor Báez, en los primeros momentos de su regreso al país y ante su actitud resuelta de completar con su valioso contingente la obra de los liberales triunfantes, ó sea, la continuación de la revolución en la paz, en los consejos de gabinete, habrá tenido también, como Mitre, esas interpelaciones íntimas de amigos, donde el ciudadano vierte sus dudas é incertidum-

bres en el corazón de aquél á quien siempre ha mirado con cariño y con respeto.

¿Y cuál ha sido el resultado de esas confidencias con sus admiradores? ¿Tuvo la suerte de Mitre de ser respetado y escuchado? ¿Se le concedió siquiera un pequeño plazo para proclamar su fracaso? ¿Acaso fué respetada siquiera su sinceridad, esa sinceridad que reclamaba Mitre como un homenaje á sus eminentes servicios?

Jovencitos que apenas pisan los dinteles de la vida, llenos de sinceridad, ciertamente, sin otro mérito ni caudal que el fervor de su entusiasmo patriótico, iniciando una campaña que importa pedir á voces el resurgimiento colorado con todos sus encantos, suben á la tribuna de la prensa, ofician de políticos consumados, maestros en el arte y la ciencia de gobernar los pueblos, pregonan su ruidoso fracaso como político y ponen en sus manos la cartilla donde aprender lecciones de democracia, de amor á las instituciones, precisamente á él que ha consumido los mejores años de su vida luchando, con gran altivez, por el triunfo de los principios liberales!

Los papeles se invirtieron. Los discípulos, dando prueba de una precocidad

nunca vista, se volvieron maestros para enseñar á su maestro. El encanecido en sus luchas por las libertades públicas, el tribuno airado que lanzaba rayos contra los mandones, al ser magnificado con los esplendores del mando supremo, al tener sobre su pecho el símbolo tricolor de la soberanía nacional, resultaba un inepto, una estafa como carácter y personaje representativo, acostumbrado á inflamar con sus palabras de fuego el alma de las muchedumbres! Los discípulos habían aprendido tanto, en tan corto espacio de tiempo, que pasaban á ocupar la cátedra del maestro!

Este es el contraste que comentamos. Al paso que una palabra del patriarca argentino trajo la paz y la serenidad á los espíritus exaltados, el patriota paraguayo, en la hora decisiva de su encumbramiento, cuando el éxito corona su sien, es anulado de una plumada.

Asunción, Febrero 25 de 1906.

Discurso en la Convención Liberal

Señor Presidente:

Señores convencionales:

Esta asamblea—que es, en estos momentos, la plataforma política más alta y de mayor resonancia del Paraguay—puede ser considerada como el epílogo feliz de la revolución de 1904.

No se concibe, en efecto, en 1906, una Convención liberal llamada á designar, con éxito, á los futuros mandatarios de la República, sin el triunfo de aquella revolución. Los que digan lo contrario, faltarían á la verdad.

Somos, pues, los encargados de ungir con nuestros votos á los que con mayores títulos encarnan los ideales proclamados como bandera al forzar el paso de Itapytapunta con las naves revolucionarias, enviar la peligrosa expedición al Norte y cavar las trincheras del campamento de Villeta.

Somos, pues, señores, en esta hora de paz, cuando el cañón fratricida ha dejado de sonar, los intérpretes del sentimiento revolucionario de 1904 al congregarnos en esta asamblea, donde el Partido Liberal, por el órgano de sus representantes, va á hacer escuchar su voz á la Nación.

Entre los factores esenciales de aquel movimiento memorable se destacan, en el cuadro revolucionario, dos nombres, dos entidades principalmente responsables, y sobre los cuales pesa, en primer término, el deber de recojer los frutos de la victoria en beneficio del país.

Esos nombres que acaban de ser aclamados por la autoridad soberana del Partido Liberal y que no pueden eludir el compromiso de honor contraido al convocar á las armas á la Nación, son: —el general doctor don Benigno Ferreira y el señor Emiliano González Navero, quienes al abrazarse, en una hora de nobilísima inspiración, ante el infortunio de la patria, con la firma del pacto secreto de la fusión de las fracciones liberales, decretaban el cese de la larga dominación del enemigo común El pacto, como se ha observado recientemente por un señor convencional, se mantuvo en secreto para asegurar el éxito, y cuando los cañones del *Sajonia*

se encargaron de notificar su existencia á los adversarios, ya clareaba en el horizonte la aurora del triunfo liberal.

El general Ferreira representaba en ese abrazo de conciliación de dos patriotas animados de un mismo sentimiento, el pensamiento y la acción del Partido Liberal, del cual ha sido jefe desde 1895, á su vuelta de un destierro de veinte años; y el señor González Navero aportaba todo el caudal de su austeridad republicana, de su circunspección de hombre de estado, en su calidad de jefe de una de las fracciones unidas.

La conducta del general Ferreira, durante y después de la revolución, vosotros todos lo sabéis. Está en la conciencia pública. Aclamado generalísimo en los momentos de peligro por la juventud dorada que constituía su brillante estado mayor, levantó su tienda de guerrero entre los fosos de Villeta, á seis leguas del centro de operaciones del enemigo. Con su sagacidad política y tino militar evitó el luto y nueva desolación en los hogares paraguayos. Tuvo la clarovidencia de! triunfo cierto y consideró innecesario y hasta criminal el sacrificio de vidas preciosas. Devoró en silencio injustas murmuraciones que se levantaban en su propio campamento, porque cada existencia que tronchaba

la guerra consideraba como una mutilación de las entrañas de la patria.

General victorioso al frente de sus huestes enardecidas, fué el elemento de ponderación que contuvo muchas impaciencias. Si la suerte de las armas le hubiera sido adversa, con seguridad, que á raiz de una revolución fracasada, él no hubiera quedado tan tranquilo y respetado, como quedaron sus enemigos sojuzgados. No sólo no fomentó desde la sombra, ni con una ligera insinuación, el desbordamiento de ninguna pasión, contra los vencidos, sino que impuso el orden, la serenidad, el respeto para todos, en los momentos de mayor agitación. Esto es tan cierto y claro, comola luz. Nadie, sin audacia infinita, puede negarlo.

Y si el general Ferreira guerrero, generalísimo vencedor después de una contienda, fué un modelo de circunspección, de tolerancia que llega hasta la mansedumbre, precisamente en momentos de turbulencia en que podría compartir con otros la responsabilidad de cualquier exceso,—¿cuál no sería su bondad, la corrección de su proceder en los tiempos normales, rodeado de la intelectualidad sobresaliente del país, asumiendo la dirección superior y la responsabilldad única ó principal de los destinos de la patria?

Colocado en el gobierno, afianzaría el predominio del elemento civilizado y la preponderancia de su partido en el mismo, y sería una garantía de estabilidad de la paz y del orden dentro del país; y si por desgracia alguna eventualidad internacional turbara la paz de la República comprometiendo su integridad, él y solamente él, con su prestigio y su autoridad sería el organizador eficiente de la defensa nacional. En un conflicto semejante la Nación puesta de pie le aclamaría.

Por lo que respecta al señor Emiliano González Navero—ese ciudadano honesto, lleno de virtudes, patriota hasta las últimas palpitaciones de su corazón—su nombre al lado del general Ferreira representa la unión definitiva é inconmovible del Partido Liberal en el gobierno, condición esencial, indispensable para que el Paraguay aspire á un destino superior. Fuera del Partido Liberal, de ese partido que ha llegado al gobierno después de veinte años de lucha por la patria y la libertad y de haber santificado sus doctrinas con la sangre de sus mártires en los comicios y en los campos de batalla, no se concibe, hoy por hoy, fuerza política bastante para elaborar la grandeza de la patria. Los

declamadores que afirman lo contrario, padecen lamentable equivocación.

Buscar la hegemonía de ese glorioso Partido en el gobierno, con la unión y el acercamiento de sus principales pensadores y repúblicos, es obra de patriotismo que sólo el desenfreno ciego de la pasión puede desconocer.

Señor general Ferreira:
Señor González Navero:

Que el Dios de las naciones inspire vuestros actos al tomar posesión de vuestros cargos el 25 de Noviembre de 1906.

Asunción, Abril 22 de 1906.

Insertamos también, á continuación, el vibrante discurso pronunciado por Gomes Freire Esteves en la referida Convención:

Señores:

En este vuestro decisivo pronunciamiento, no estarían demás mis palabras en nombre de nuestra juventud.

Acabais de imprimir las primeras letras en la gran página del futuro, y las habeis sacado de entre el polvo magnífico de vuestras batallas por el Partido, ó lo que es lo mismo, de vuestras luchas por la libertad.

Acabais de elegir dos nombres, que demasiado tienen que ver con la Revolución del Paraguay, y los habeis hecho recordando aquel sol de sangre que pasó mucho tiempo ilustrando la altura de sus cabezas, junto á la tragedia sin nombre de vuestra actitud.

Acabais de latir en la expresion única y unánime de ese voto, como resolviendo á todo un pueblo, el problema terrible de su porvenir.

¿Qué extraño, entonces, que os dirija mis palabras entusiasmadas, en nombre de la juventud que ha reaccionado, en la hora de las vacilaciones, con el prestigio de su alma, de sus sacrificios y de su fe?

Vosotros bien lo sabeis, liberales.

Un criterio espantoso, desde las filas de la oposición, ha azotado el comienzo de este año, á punto de malograr néciamente, esperanzas y energías.

Vosotros lo sabeis, que hubo un momento de ahogo en el espíritu público, pero que afortunadamente todo está conjurado por la evidencia generosa de la realidad!

Y sabeis también que nosotros fuimos de los que afirmamos, á la república de la revolución, que aún estallaba en la majestad del Partido y en la frente ilustre de sus repúblicos, aquella vieja poesía

del pasado, de verdad y de gloria, que hoy concreta nuestra vida en cifras y forma de gobierno civilizador.

El día de hoy, pues, es un día de júbilo inmenso para la política sin disfraces de nuestra juventud.

Lo es, porque vosotros quisísteis que lo fuera para la política de la Nación, quisísteis, además, que orientara, en línea recta, las fuerzas azás confusas del liberalismo.

Lo es, porque vosotros, al imponer y decidir ahora la estabilidad del mañana, coronando cuerdamente de éxito definitivo las luchas del Partido Liberal, al adoptar como fórmula presidencial la que habeis adoptado para las próximas jornadas electorales, no habeis realizado otro acto que el simple y trascendental reclamado por las necesidades ineludibles del presente y del porvenir.

Vuestros elegidos, ¡que son los nuestros!, los ciudadanos Benigno Ferreira y Emiliano González Navero, son dos altísimas atalayas desde donde podemos fácilmente cantar el sol de la patria, hacia horizontes deslumbrados de vida y esperanzas nacionales!

Representa el uno la fuerza incontrastable de la Revolución y el otro el esfuerzo plutárquico de una política, digna de sobrevivir.

¡Fuerza y esfuerzos del ideal, los dos, colocados, por este día célebre de vuestro soberano voto, en lo alto de nuestros destinos futuros!

¡Bien haya la proclamación histórica de esos ciudadanos, á quienes tocará la misión gloriosa de redimir el más allá de la nacionalidad!

¡Bien haya esta Convención, cuyo punto de partida indica la más pura acción política que hayamos visto nunca en los tumultos sin inteligencia de nuestras confusiones republicanas!

Y sean de vosotros, por intermedio de mis palabras entusiasmadas, señores liberales de la Convención, los aplausos de una juventud que no piensa ni busca en política sino la mejor suerte de la patria!

Comandante Martín R. Báez

Este distinguido militar, jefe del regimiento 1° de caballería, continúa siendo la víctima preferida de ataques injustos y apasionados por una parte de la prensa.

El hecho se presta á reflexiones dolorosas, tanto más teniendo en cuenta los honrosos antecedentes, las brillantes fojas de servicios del mencionado militar.

El comandante Báez, formado en el ilustrado y glorioso ejército argentino, al lado de jefes y oficiales para quienes es un culto el cumplimiento del deber, no es, no puede ser el mónstruo que pintan sus difamadores.

Tenemos á la vista, por una feliz casualidad, una parte de su foja de conceptos, cuyos números están llenados con apreciaciones que enaltecen al hombre y al militar.

De educación distinguida, inteligencia y discernimiento clarísimos, carácter militar y de intachable conducta y moralidad, su reputación en el ejército donde

se formó y sirvió, descansa sobre un pedestal que resiste la crítica más exigente.

Egresado con notas sobresalientes del Colegio Militar, juntamente con sus compañeros los hoy comandantes Duarte, Ayala, Cabañas Saguier y Núñez—que por una feliz coincidencia del destino unieron sus esfuerzos en 1904 para realizar la obra magna de la revolución—siguió su carrera sirviendo bajo el mando de los más ilustrados y pundonorosos jefes del ejército argentino. No obstante su condición de extranjero, que nunca fué óbice allí para que él y sus compatriotas merecieran las más altas distinciones, en breve se captó la simpatía y el aprecio de sus superiores y compañeros, distinguiéndose por su inteligencia, energía, sagacidad y rectitud en el cumplimiento del deber.

En más de diez años de servicio en el ejército, lo mismo en los desiertos fronterizos como entre el esplendor de las ciudades, nunca dió motivo para una nota difamante, y al contrario, siempre fué colmado de elogios y distinciones. Estaba reservada á su patria, ó á algunos hijos ingratos de esa patria, la gloria de pretender empañar su nombre! Durante quince años ocultó, disimuló cuidadosamente en ejército y tierra ex-

tranjeros sus instintos feroces, su crueldad inaudita, para venir á revelarlos con toda amplitud en su país, entre los suyos! El militar pundonoroso y valiente, que lejos de la patria, huérfano de toda influencia política ó social, había honrado el nombre paraguayo, se volvía un depravado, un mónstruo sólo al poner los piés en la tierra de sus mayores! «Cosas del terruño!», es la única exclamación dolorosa con que protestamos contra tanta injusticia y aberración, por más que comprendemos que el mayor crimen del comandante Báez, para sus difamadores, es únicamente haber puesto su espada al servicio de los ideales del Partido Liberal, triunfantes en la revolución de Agosto de 1904. Ese es su crimen capital para los retardatarios!

Al comandante Báez, que sirvió bajo las órdenes y fué digno de la confianza de jefes de la talla moral y científica de los comandantes ingeniero Luis J. Dellepiane, Amadeo Baldrich, posteriormente secretario privado del presidente Quintana, Isaac de Oliveira Cézar, jefe del escuadrón de la escolta presidencial; al comandante Báez que fué el segundo sobresaliente entre los capitanes ascendidos por concurso para formar parte de dicha escolta y que fué ayudante del teniente general Luis María Campos,

actual ministro de guerra — puesto de honor que no se discierne á cualquiera y con tanta facilidad—debe retemplarle la idea de que así como no faltan espíritus raquíticos sin otra norma que la destrucción, de la misma manera existen almas modeladas en el respeto al bien y que tienen una corona de laurel para los merecimientos.

Felizmente no se ha perdido por completo la noción clara de la justicia en este país; y así como abundan demagogos trasnochados que creen destrozar de una plumada las más sólidas reputaciones, tampoco escasean los espíritus rectos que dan á cada uno lo que le corresponde.

La tarea de difamar al comandante Báez es una obra antipatriótica, de calumniadores despechados.

Asunción, Junio 11 de 1906.

En honor del Doctor Viera

Con motivo de su elección como Senador

Señores: —

Cuando Roma era la señora del mundo el senado romano era considerado por un embajador enemigo como un consejo de soberanos. Tal era la autoridad y el prestigio de sus resoluciones. Entonces Cicerón, en una de sus arengas memorables que han llegado hasta nosotros como el más perfecto modelo de la elocuencia humana, se jactaba de levantar su voz en un recinto donde se pesaban los destinos del universo, y el ser miembro de aquel senado era la suprema honra del ciudadano. El senador romano, por su saber y su patriotismo, por la pureza de sus sentimientos, gozaba del concepto y las prerrogativas de un rey.

No tengo necesidad de decir que no intento con esta evocación parangonar

el senado de más autoridad que haya existido sobre la tierra con el senado paraguayo, ni al primer orador de los tiempos antiguos con el doctor Viera.

Pero sí, quiero dejar constancia de mi satisfacción como ciudadano por la incorporación de un elemento tan valioso y tan puro como Manuel Viera al honorable senado de la república, el cual con cada miembro de la talla de Viera que se le incorpore, ganará en respetabilidad y se hallará más habilitado á velar por la majestad de la ley y el imperio de las instituciones. Viera honrará su puesto, porque es inteligente y patriota y hombre de bien en el más alto grado, y su designación significa, por otro lado, la preconización de la inteligencia, el triunfo de la idea en la dirección superior de los destinos políticos de la república.

Esto es, ante todo, un síntoma consolador, porque el poder de la idea es incontrastable, el imperio del mundo le pertenece, y Unamuno acaba de decir hablando de ese poder y del prestigio ejercido por dos inteligencias americanas:—que la República Argentina puede vanagloriarse más, ante el concepto del mundo civilizado, de haber producido un Sarmiento y un Alberdi, que por los millones de toneladas de trigo y lana que

envía anualmente al extranjero. Pompeyo Gener, por su parte, ha dicho que el primer capital en el mundo es el cerebro humano, y de éste el Superhumano, el cerebro que vale por todo un pueblo, una raza ó una época.

Doctor Viera: —Brindo por su acierto como legislador, en esta pequeña reunión de amigos íntimos, que me parece un remedo en miniatura de nuestras fiestas del «Centro Paraguayo», donde, libre el espíritu de las impurezas de la realidad de que hablaba Castelar, sólo contemplábamos desde lejos á la patria con todo el esplendor de un ensueño encantador.

Asunción, Julio 5 de 1906.

Herencia del pasado

El gobierno de la república, en las condiciones en que lo recogió la revolución, ha resultado un verdadero presente griego.

Durante treinta años se ha marchado á la de Dios que es grande, sin programa, sin plan alguno de gobierno. Todo se ha reducido á un tapujo de influencias y pequeñas intrigas para ser el primero en el reparto del botín. El más listo, el más talentoso era aquel que se adjudicaba mayor porción de tierras fiscales ó enajenaba á más alto precio el prestigio de su palabra ó de su voto. La espectabilidad de un personaje político se medía por el monto de los beneficios que obtenía con su influencia.

La consecuencia de ese desorden y

anomalía en la dirección superior de los destinos políticos del país, lo palpamos hoy en la falta de todo lo que caracteriza una administración regular, con visión del porvenir. Carecemos de obras públicas, ya sean éstas de ornato, de salubridad, cloacas, edificios públicos á la altura de nuestras necesidades, de nuestro rango de nación civilizada.

Hoy, después que los hombres de la revolución tomaron sobre sí la tarea de dar vida á un cadáver ambulante, todo lo echamos de ver, palpamos las grandes necesidades públicas, pedimos palacios, telégrafos que crucen la república, prácticas democráticas á la usanza suiza—una perfección helénica en materias institucionales en fin, todo lo más hermoso que puede engendrar una democracia.

La revolución es la que ha operado el milagro de dar ojos á los ciegos y oídos á los sordos.

Antes de la revolución nos contentábamos con cualquier cosa, con autoridades que apaleaban á los liberales, con funcionarios concupiscentes que medraban con sus cargos, con todas las deformidades de una democracia prostituida. El mérito de las autoridades políticas se medía por el número de liberales que apaleaban.

Y ahora, por cualquier cosa estamos con el Jesús en la boca.

¡Qué delicados y quisquillosos nos ha vuelto la revolución! ¡Cómo conocemos ahora y lo proclamamos á los cuatro vientos, aún bajo el imperio del estado de sitio, que los ciudadanos deben ser respetados en sus convicciones políticas, y que los jefes de campaña deben ser los primeros en dar ejemplo de nobleza, ilustración y magnanimidad! ¡Cómo se conoce que pasaron los tiempos de los Petronilos y compañía!

Los hombres de la revolución, por haber derrumbado un régimen odioso que por espacio de tantos años fué la vergüenza de la república, no conquistaron suficiente título á la gratitud nacional. Ese bien inmenso que hicieron al país, pasa inadvertido. Se exige de ellos otra cosa, y es: que así como sojuzgaron en la acción á los que ya se consideraban como dueños y árbitros perpétuos de la nación, realicen este otro milagro: establecer el orden y la perfección en un día, allí donde durante treinta años todo fué escándalo é impudencia. Se olvida lastimosamente que es más fácil demoler que edificar, y que es imposible reconstruir en un día lo que los bárbaros destruyeron en treinta años de orgía!

Ese sería, indudablemente, el anhelo también de los revolucionarios. Pero una cosa es querer y otra muy distinta el poder.

Los desaciertos de un cuarto de siglo han ocasionado males que no se remedian en un día. Y si no se está conforme con los que están, demos un paso atrás y pidamos de una vez, con toda franqueza, desembozadamente, la vuelta de los derrumbados. Entonces habrá desaparecido la causa de toda oposición y habremos reconquistado el perdido paraiso!

Demasiado se ha hecho, por lo pronto, con moralizar la administración y establecer, de una manera definitiva, el predominio del elemento civilizado en el gobierno. Con la revolución de 1904 sus autores han colocado á su país en la corriente de su siglo. Esa revolución representa para el Paraguay, políticamente, el avance de 50 años en el camino de la civilización y del progreso.

La herencia que recogieron los revolucionarios triunfantes no ha sido tan envidiable; y sólo por una gran dosis de patriotismo se mantienen serenos en su puesto de acción, con la visión de sus responsabilidades en el presente y en el porvenir.

Y á pesar de todos los pesares, en breve constatará el país que aquéllos, así como supieron demoler, también no carecen de aptitud para edificar.

Asuncion, Julio 30 de 1906.

EL GENERAL FERREIRA

PRESIDENTE ELECTO

(Discurso pronunciado en el banquete de la Juventud.)

Señores:

En 1874, con su libro de estudiante bajo el brazo, después de librar en la era constitucional las primeras batallas por el imperio definitivo de la civilización en el Paraguay, el general don Benigno Ferreira emprendía el camino de la expatriación. Dejaba en pos de sí, como herencia forzosa del que se destaca sobre las medianías y ha sido algo más que mero espectador ó crítico, odios profundos é inextinguibles, resistencias que se agigantan con los años, porque, á una edad muy temprana, casi adolescente, dando prueba de sus precoces condiciones de político, había infligido á sus adversarios derrotas, humillaciones que no se perdonan en la vida.

Aquella expatriación duró veinte años, en los cuales, mientras él pulía su espí-

ritu en las meditaciones sobre los libros, sus adversarios, posesionados del escenario, libres ya de su implacable rival, se encargaron de forjar una leyenda tenebrosa alrededor de su nombre. La generación nacida después de la guerra se ha formado oyendo imprecaciones sangrientas contra los emigrados del Plata. Ese grupo escogido de intelectuales de acción constituía el cuartel general de los revolucionarios del porvenir. De allí se ha esperado siempre que había de partir la chispa originaria del incendio. Y así ha sucedido, en verdad. Todas las tentativas malogradas del pasado, excepto el asalto á los cuarteles del 18 de Octubre de 1891, han tenido su punto de partida en aquel núcleo selecto de pensadores y patriotas.

En 1895, cuando la dirección política de la República cayó en manos de un ciudadano con quien se creía tener un punto de contacto, por ser un elemento de cultura que representaba la civilización, el general Ferreira, ya general y doctor, con los pulimentos del hombre de estudio, consideró llegada la hora de volver á la patria, aclamado presidente del Partido Liberal, con el beneplácito y el consejo de sus más conspícuos representantes. En la Dársena de Buenos Aires, el domingo 13 de Enero, á bordo del San

Martín, fué despedido por el mencionado grupo de paraguayos, como el primer cruzado de entre los expatriados, que venía á levantar de nuevo sn tienda de luchador en plenas posesiones del enemigo. Los combatientes de la primera hora, en los prodromos de la organización nacional, iban á verse otra vez, frente á frente, para reanudar la lucha suspendida por el largo armisticio de veinte años! Aquí los corazones liberales se llenaron de gozo ante esa espectativa, como vosotros debeis de recordarlo. Todos veían en el doctor Ferreira un contingente valioso que venía á imprimir nuevas energías á la acción patriótica y valiente del Partido Liberal· Al frente de éste se encontraba entonces ese otro cruzado del liberalismo, ese luchador infatigable de nuestras disensiones políticas, en cuyas manos, ocho años antes, en las calles de Villa Rica y entre el plomo homicida de la coacción, había recibido su bautismo de sangre la enseña azul. Ese patriota, hijo predilecto de la altiva metrópoli del Guairá, como desde luego lo habreis adivinado porque su nombre palpita en cada pecho liberal, no es otro que el valeroso caudillo don Antonio Taboada, reliquia del poderoso partido y en cuya persona debemos saludar y aclamar á

los luchadores del primer momento, á los que echaron la primera piedra, á los precursores que fertilizaron con su sangre la inculta tierra!

Diez años después de la vuelta del general Ferreira de su larga proscripción, mediante una revolución incubada, organizada y dirigida bajo sus inmediatas órdenes, el Partido Liberal ha llegado al gobierno, ó mejor dicho, va á llegar al gobierno el próximo 25 de Noviembre, diez y nueve años después de su fundación y cinco años antes del primer centenario de la independencia. Así lo atestigua la fiesta de esta noche, que es la consagración del voto de la convención de Abril, ratificado por el voto uniforme é inapelable de la República.

Desde el próximo 25 de Noviembre un horizonte nuevo se va á abrir en la vida pública del doctor Ferreira. El desterrado de veinte años, aquel casi adolescente pensativo que en 1874 abandonaba la patria en un destierro sin término, llevando en el espíritu la amargura de ensueños no realizados, va á ser el jefe de la nación, el primer magistrado de la República. ¡Cuán grande es la evolución que implica políticamente este hecho, considerado hace apenas dos años como el delirio de una mente soñadora ó como una vaga é irrealizable aspiración!

Desde ese día en el libro de la historia se abrirá una página en blanco donde podrá compulsarse, en el porvenir, sus actos como mandatario. Le acompañan en su ascensión victoriosa los votos y los anhelos de un partido con un prestigio indestructible, adquirido en sus luchas por el imperio de los principios institucionales. El apoyo del Partido Liberal es la más sólida y positiva esperanza que flota alrededor de la fórmula preconizada en la convención de Abril y aclamada en los comicios.

¿Cuál será el ideal del doctor Ferreira á esta altura de la vida, en el otoño de una existencia tan combatida, sobre todo ahora que el éxito corona su sien y en que más que nunca debe importarle el juicio de su posteridad? Aquellas hermosas ilusiones que acariciaban la mente del desterrado calumniado con alevosía ¿continuarán persiguiendo las vigilias, las noches de insomnio del primer magistrado de la República? Aquella solidaridad con sus compañeros en el destierro que hoy le miran con ansiosa espectativa ¿le servirá de norma en lo futuro, ahora que los laureles de la victoria resplandecen sobre su frente de guerrero y de político?

El ideal de un hombre de su talla que, como resultado lógico de la acción

perseverante de una voluntad indomable, va á llegar á la cima dejando en su camino de luchador girones de sus entusiasmos de ciudadano, no puede ser sino la gloria. No se conspira durante veinte años en el destierro, con la tenacidad del que consagra toda una existencia á un ideal, sólo para conquistar esa cosa sin valor que se llama el poder. El poder es un medio, no un fin, y el fin para un hombre de principios, enamorado de un ideal, no puede ser sino la gloria. La gloria es la suprema y la más noble aspiración humana, y el ambicionarla es atributo propio tan sólo de los espíritus superiores. Las almas vulgares no perciben el resplandor maravilloso de esa luz.

Y esa gloria ¿cómo la conquista? Está en sus manos el conseguirlo; y desde el 25 de Noviembre la mirada escrudriñadora de la historia llevará la contabilidad de sus actos como magistrado. Cuatro años de gobierno son más que suficientes para purificar un nombre de cualquier extravío de la primera edad y tallar una reputación. «El consulado romano, dice Nabuco, tenía menos duración que la presidencia americana, y sin embargo, Roma conmemoraba los fastos de su historia por los nombres de sus cónsules». En cuatro años de gobierno,

haciendo el gobierno con que soñaron los constituyentes, levantando de su decadencia y poniendo en pie á esta patria de las grandes tribulaciones, se puede conquistar, si se quiere, una gloriosa inmortalidad.

El general Ferreira tiene expedito el camino de la gloria. Va á llegar al gobierno bajo los mejores auspicios, acompañado por los exponentes más caracterizados de la mentalidad y de la riqueza del país; y ojalá, señores, el día que entregue el bastón del mando á su sucesor, merezca ser aclamado como ahora! A su lado, como su consejero inmediato, compañero en la guerra y en la paz, se destaca la figura respetable de don Emiliano González Navero, ciudadano de un prestigio tradicional no controvertido, con pasiones fortalecidas en la lucha, veterano en las filas del glorioso partido y cuyo nombre representa el eslabón de una cadena indestructible de unión entre los liberales más representativos.

Señores:

El general Ferreira en la presidencia, don Emiliano González Navero en la vice y don Antonio Taboada como jefe del Partido Liberal—los tres unidos en el propósito de marcar una etapa lumi-

nosa en la historia, haciendo el mayor bien posible á la nación,—constituyen la base de granito sobre que descansan, desde ya, el buen nombre y la respetabilidad del futuro gobierno. Y mientras el general Ferreira tenga ese punto de apoyo como gobernante, podremos decir y lo diremos, que su prestigio y su poder serán inconmovibles en la República.

Asunción, Octubre 10 de 1906.

"SAJONIA"

El comandante Manuel J. Duarte fué el alma del «Sajonia», y el «Sajonia» fué el alma de la revolución.

Duarte envió desde Buenos Aires á los compañeros de Asunción este mensaje: la seguridad absoluta de que, una vez en su poder el buque inmortal, el dominio del río pertenecía á la revolución, y con el dominio del río, el triunfo matemático de la misma. Todo buque enemigo que saliese en persecución del «Sajonia» sería echado á pique ó capturado.

El advenimiento del Partido Liberal al gobierno de la República,—que era un clamor nacional desde hace veinte años,—es ahora una espléndida realidad, y esa realidad hermosa es la obra saludable de los cañones vengadores del «Sajonia». El «Sajonia» fué el contrafuerte invulnerable de la revolución.

Con la elevación del general Ferreira á la presidencia de la República, el valeroso y altivo comandante del «Sajonia» experimentará una íntima satisfacción, verá realizado el ideal de su corta pero brillante existencia, y podrá considerar que no han sido estériles sus grandes sacrificios de revolucionario. El general Ferreira no cuenta con un admirador más desinteresado, entusiasta y leal que Manuel Duarte, y esta admiración no data de ayer, sino desde los tiempos de su larga proscripción, en que sus enemigos, cobardemente, cubrían de anatema y de lodo su respetable nombre!

Hoy que la República se halla en vísperas de presenciar alborozada la entrega solemne del mando supremo á los elegidos del Partido Liberal y hallándose ausente del país, en misión oficial, el pundonoroso militar que tan descollante papel desempeñara en la revolución de 1904,—consideramos un acto de justicia asociar á estos acontecimientos, á estas explosiones de júbilo patriótico, el nombre de Manuel Duarte, el valeroso marino á cuya potente voz los cañones redentores del «Sajonia» resolvieron el problema revolucionario en el Paraguay, pendiente desde hace más de veinte años.

Asunción, Noviembre 24 de 1906.

Gomes Freire Esteves

Señores:--

La juventud estudiosa liberal revolucionaria de 1904, obtenido el triunfo con las armas en la mano, se dividió, desgraciadamente, en dos bandos:--el que repudiando á los hombres del Partido Liberal, lanzaba el grito de regresión hacia un pasado reciente, y el que, consecuente con la fe de las horas de prueba, continuaba cobijándose á la sombra de su gloriosa enseña, considerando que los elementos componentes de ese partido son, políticamente, y dentro de lo posible, lo mejor con que cuenta la República.

Como *leader* del bando conservador de los laureles de la revolución de Agosto, tomó la palabra Freire Esteves desde la prensa, con todo el ardor de sus juveniles entusiasmos, con todo el fuego de

su alma soñadora. La noche en que se fundó el órgano de publicidad que le sirvió de tribuna, teniendo la visión clara del triunfo cierto, recuerdo haberle oído esta frase, que resultó profética: — « El triunfo es nuestro, indudablemente; pero lo que siento es que en la lucha que se inicia tendré que verme frente á frente con amigos de mi estimación».

La lucha sostuvo con valentía, caballerescamente, llegando á desgarrar, como trofeo de victoria, por una prueba precoz y cruel del destino, afecciones fraternales que generalmente duran lo que dura una existencia.

Ahora el gobierno nacional le envía á Europa, investido con un cargo oficial. Con enviarnos algunos miles de inmigrantes al año, para cruzar y perfeccionar la raza, habrá cumplido su elevada misión. Cada extranjero que arriba á nuestras playas es un heraldo de progreso que debemos recibir con los brazos abiertos. El brazo fuerte y robusto del europeo es el llamado á desenterrar los inagotables tesoros que encierra nuestro suelo. El progreso americano es obra de la inteligencia europea.

Desde Europa tendrá otro punto de vista para apreciar los hechos, las cosas y los hombres de su país. Mirará el espectáculo americano, los grandes acon-

tecimientos de su historia, desde un nivel más alto, con miradas de águila, porque Europa es la gran escuela del saber y del patriotismo. Estudiando y observando, la solidez de sus juicios, sin detener el vuelo de su fantasía, resistirá la crítica, y el escritor en formación que despedimos, será á su regreso una reputación hecha. Esteves, con su temperamento esencialmente lírico, no se detendrá en su carrera de progreso, porque hay en su cerebro algo de esa anormalidad característica de los espíritus fuertes, creadores, de las almas de combate, de esos que cuando empuñan una bandera, convencidos de un ideal, se lanzan á la acción sin medir sus consecuencias.

Señores:—Brindo por que la saludable influencia de la civilización y cultura europeas, que es el Jordán científico de los americanos que cruzan el océano, complemente en lo futuro la personalidad artística y literaria del joven paladín de la juventud estudiosa liberal.

Asunción, Enero 4 de 1907.



TABOADA

En el álbum de una guaireña, con motivo de la demostración en honor del jefe del Partido Liberal.

Hay gestos, actitudes, hechos ó palabras que pintan un hombre ó una época.

Nos hallamos en uno de esos momentos.

Las miradas del país están fijas en don Antonio Taboada, porque en él se sintetiza la esperanza del sentimiento liberal.

En veinte años de lucha desde la llanura ha conquistado título bastante para ser considerado como la encarnación viviente de los anhelos y aspiraciones del poderoso partido.

De él se espera uno de esos gestos que definen una situación, fijándole rumbo.

Si la revolución ha tenido soldados ardorosos que defendían la causa del Partido Liberal, con la fe de los convencidos, es porque estos soldados se inspiraban

en los altos ejemplos de valor cívico dados por Taboada en sus luchas por la libertad.

Don Antonio Taboada es uno de los sustentáculos más poderosos del estado de cosas creado por el triunfo de la revolución. Es uno de los coeficientes indispensables de la situación; y en ese sentide su voz, que sólo ha vibrado para decir grandes verdades, resonará en los corazones liberales como el toque de clarín en las almas militares.

Villarrica, Marzo 30 de 1907.



Flores de antaño

El 29 de Octubre de 1877, á la madrugada — como epílogo fúnebre de la tragedia del 12 de Abril—el Dr. Facundo Machaín, joven abogado casi adolescente, educado en la Universidad de Chile, José Dolores Molas, Bayardo de la guerra del Paraguay y de las primeras convulsiones intestinas, José Dolores Franco, joven ardoroso y patriota, y otros compañeros, presos en la cárcel pública por delitos políticos, eran fusilados y masacrados en la oscuridad de la noche, estando dormidos y engrillados, por los encargados de su custodia. La garganta de Molas estaba atravesada de un bayonetazo con que le despertaron y que también atravesó su almohada. Machaín, al sentirse herido, lanzó este grito que todavía repercute como una protesta de la civilización, ahogada en sangre en aquella noche fatídica: — «*No*

me maten que alguna vez seré útil á mi país.» La masacre había sido ordenada en consejo de ministros por el gobierno colorado de entonces, y el delito del abogado Machaín era ser defensor de los encausados políticos por la muerte del presidente Gill. Como á las 6 de la mañana de ese día, según la relación de un testigo presencial, en la plaza Constitución, frente al Departamento Central de Policía, la banda de música festejaba con el toque de *galopas* el *triunfo* obtenido en la madrugada por la barbarie contra la civilización. Los hombres que decretaron y consumaron ese crimen salvaje, que era el procedimiento normal entonces para eliminar á los adversarios, viven todavía, y los que ahora se abrazan con ellos, dando de espaldas á los ideales triunfantes de la revolución de Agosto, cometen un suicidio é incurren en una de esas inconsecuencias que no merecen perdón. En pleno siglo XX, cuando tanto se ha luchado por que impere definitivamente la civilización en el Paraguay, existen todavía reaccionarios sin juicio que, conspirando contra el orden de cosas existente, piden, con insensatez verdaderamente criminal, el resurgimiento de los hombres de aquella época nefanda. Los que ostentando corbata roja al

cuello, hacen gala de repudiar el liberalismo y dan ese paso atrás en el camino recorrido desde el 12 de Diciembre de 1904 — demostrando su impotencia para hacer fructificar los laureles de la revolución de Agosto — bien merecerían, como un castigo, la pena de volver á vivir bajo un régimen semejante, ya que parecen asfixiarse al soplo regenerador de un ambiente superior de civilización.

— El 31 de Diciembre de 1879, dos años después de la matanza en la cárcel pública, imperando aún en todo su apogeo los mismos hombres autores de este crimen, el ex-presidente de la República, don Cirilo Antonio Rivarola, perseguido por causas políticas, — atraído á la capital por un indulto del P. E.— salía de noche de la casa del primer magistrado, á donde había concurrido en busca de garantías para su vida amenazada. Salía lleno de satisfacción, con la promesa que había recogido de labios del jefe del Estado, de que no le abandonaría la protección de la ley que garante la vida á los habitantes, cuando á la media cuadra, al doblar la esquina de Palma é Independencia, es cosido á puñaladas por soldados de línea disfrazados, capitaneados por el jefe de la escolta presidencial. La víctima ensangrentada

quiso penetrar en la botica de la esquina, pero cerrada ésta violentamente, quedó á merced de sus perseguidores que le ultimaron á puñaladas, matándole allí mismo. Siete puñaladas mortales, aplicadas por otros tantos asesinos, en la calle Palma, á dos cuadras de la Catedral, eran el juramento mudo de complicidad con que éstos se ponían á cubierto de toda delación. Así procedían los hombres caídos al empuje de la revolución de Agosto, y el crimen de los que hoy imperan consiste precisamente en adoptar un sistema distinto de lo que antaño se usaba. Quizás la oposición eche de menos aquellos tiempos benditos, como el liberto que reclama sus cadenas, ingrato á los beneficios de la libertad. El asesinato de un ex-presidente de la República, á media cuadra de la mansión presidencial, por soldados enrolados en el ejército de la Nación, mandados por un jefe militar en servicio activo, es algo tan monstruoso, inaudito y soberbiamente criminal, que para nosotros, acostumbrados á todas las garantías de la vida civilizada, nos parece una leyenda, un cuento forjado por la fantasía.

Tenemos una galería selecta de flores de antaño, que haremos desfilar por turno, para enseñanza de los desmemoriados y á medida que lo exijan los

desplantes de la oposición. Con ellos facilitaremos el juicio comparativo, que tanto ilustra para la recta apreciación de las cosas y de los hombres. En el afán de combatir á los hombres del presente se va llegando hasta olvidar lo inolvidable y á lavar de mancha á los pecadores, pasando por alto las deformidades de una época tenebrosa. Y á este paso nos exponemos á admitir como ciertos los absurdos más inconcebibles.

Por hoy bastan las dos muestras que presentamos, y cuya elocuencia no admite réplica.

Asunción, Octubre 29 de 1907.

ÍNDICE

